

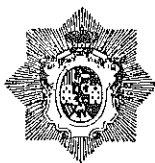
# MEJORAS OBLIGADAS EN LA EDUCACION RELIGIOSA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

## DISCURSO

leído en el acto de su recepción  
por el Sr. Doctor R. Hno. Saturnino  
Gallego Yriarte, f. s. c., y

## CONTESTACION

del Ilmo. Sr. Doctor D. Juan Ma-  
nuel López de Azcona, el día 11 de  
noviembre de 1965.



Depósito legal: M. 15.613.—1965

---

Imp., Escuelas Profesionales «Sagrado Corazón de Jesús», Juan Bravo, 3.—MADRID

*Excelentísimo Señor Presidente, Muy Ilustre  
Cuerpo Doctoral:*

*Recibida la amable invitación de la Academia de Doctores de Madrid hace unos meses para que aportase mi primera colaboración con el discurso de ingreso, empezó por planteármese el problema de la elección de asunto, que al menos requería ser pertinente y cumplido; y no tengo por qué ocultar que su resolución me llevó bastante tiempo, antes de decidirme por uno u otro.*

*Debía ser teológico, tanto por mi doctorado cuanto por la sección de la Academia en la que gentilmente se me ha admitido a colaborar. Pero hoy nos resistimos todos a airear cuestiones que no puedan llamarse actuales en sentido pleno. Y por lo mismo quedaba ya descartado de mis preferencias el inmenso campo de los estudios de autores antiguos, aclaraciones a disputas históricas, o la aportación de datos nuevos a argumentaciones clásicas.*

*Pero, ya en el campo de lo actual, eran tentadores casi todos los temas que el Concilio Ecuménico ha debatido o aplazado ante los ojos atónitamente inquisidores del hombre moderno. No sería tampoco la primera vez que los comentara por escrito<sup>1</sup> o verbalmente, como corresponde a la importancia o trascendencia de las nuevas ideas y documentos bien recientes. Pero, al fin, ha sido mi vocación la que ha decidido, como querencia a la que difícilmente nos hurtamos, si queremos ser auténticos. Tema teológico, pero pastoral como el Concilio mismo ha querido ser, y, por tanto, práctico. De suma actualidad por ser objeto de un esquema conciliar que esta sesión última acaba de promulgar<sup>2</sup>; materia que interesa tanto al rela-*

tor —dada mi vocación— como a los señores académicos, no ya en cuanto a su labor de académicos, sino en relación con la otra, más delicada, que les compete como padres de familia, o según la función que desempeñan en la Iglesia.

Por eso voy a hablar de las mejoras que en este momento de encrucijada deberíamos aportar a la educación religiosa del joven español, de ese joven que, de modo muy particular, Dios ha puesto a nuestro cuidado, como hijo o como educando.

Y aunque esta exposición, realizada con afecto e interés, pretenda agradecer a la Academia de Doctores la inesperada e inmerecida atención prestada a mi persona al acogerme entre sus miembros de número, resulta menguada e inexpresiva de la medida y sinceridad en que abunda mi gratitud.

Tanto más que —según pienso— más que mi persona, la Academia ha querido honrar a la Institución de que formo parte, benemérita sin duda en el terreno de la cultura y de la educación cristiana<sup>3</sup>. Cierto que su labor es humilde, callada y desinteresada. Pero ¡cuántas veces la eficiencia es más proporcional al trabajo modesto que al brillante! Por eso, la Academia de Doctores de Madrid ha sabido adivinar el mérito indiscutible de tal Institución, levantando las celosías de humildad que lo disimulan.

Como depositario aparente, de este honor, cumplo con la agradable obligación de ser el portavoz del agradecimiento de tantos Hermanos lasalianos españoles —cerca de 3.000— que se sienten honrados con la distinción representativa, de tan dignísima Academia.

Séame lícito también aludir reconocidamente al Doctor López de Azcona, quien, además de aceptar el encargo de la contestación a mi discurso, ha sido el ponente de mi candidatura ante la Academia, con el significado que acabo de señalar.

**MEJORAS OBLIGADAS EN LA EDUCACION  
RELIGIOSA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA**



## PLANTEO

El tema es de actualidad. Pero si lo considero a escala de la Iglesia lograría poco más que entrar en materia. Circunscribiéndolo a España, al joven español, puede que consiga ser más concreto y positivo.

Asistimos todos hoy, unos con indiferencia, otros con temor, algunos con no pequeña complicidad, a la transformación de la Sociedad, al tránsito entre dos Eras históricas. También la Iglesia corre esta suerte de la Historia.

Cuando, hace cinco siglos se iniciaba la Era que hoy termina, la Iglesia heredaba una concepción medieval de soberanía y jurisdicción, de reina y legisladora del mundo<sup>1</sup>, que fue conmovida por el formidable choque de la llamada «Reforma». La escisión, fruto de aquella sacudida, hizo que la concepción expresada evolucionara a otra más batalladora, menos imperial. Nació la «Compañía» y se planteó el problema de la confesionalidad del Estado. España compartió con verdadero entusiasmo el nuevo concepto, el que mejor empalmaba con su tradición medieval: recordemos que tanto Loyola cuanto Felipe II fueron españoles.

En nuestras latitudes, a orillas del mar latino, la lucha pareció terminar en triunfo; y esa idea domina todo el siglo XVII y el XVIII, que logran además expresarlo majestuosamente con el barroco.

Bien es verdad que el individualismo y el humanismo, que centran el universo en el hombre, y que en su día produjeron el protestantismo, vinieron luego a darnos el racionalismo, la Enciclopedia, el positivismo, la masonería, y tantos otros aspectos de la cultura, que amargaron incluso a los luchadores por la buena causa. Con todo, la idea triunfalista no se abandonó, si bien declinaba visiblemente.

Paralelamente, España concuerda con esa decadencia o evolución —según se quiera mirarla—, pero al ser menos extensa que la Iglesia entera, sufrió en el siglo XIX una terrible escisión, larga, de cien años, y progresivamente más profunda, que amenazó incluso su existencia histórica.

Pues bien, la juventud que se ha educado «católicamente» en España en el presente siglo, lo ha sido, en el más amplio porcentaje, dentro de la corriente triunfalista, tridentina, contrarreformista, «de derechas». Con estos términos no juzgo ni califico a nadie: sólo denomino para que nos podamos entender.

Hoy, a tono con el galopar de la Historia, la Iglesia adopta otros puntos de vista, y a los responsables de la juventud nos toca percibirlos con claridad, juzgarlos con sentido histórico, adoptarlos con tanta prudencia cuanto celeridad: el retraso aquí puede acarreararnos la pérdida de la juventud, si nos dejamos adelantar excesivamente por los acontecimientos.

El Concilio Ecuménico, a punto de clausurarse, nos ha descubierto un «estado de la Iglesia» sobre el que debemos reflexionar larga y profundamente. Sería torpe juzgar a los siglos pasados con los criterios del presente. Sería injusto colgar el sambenito de atrasado, arcaico, conservador, desfasado, a nuestros padres o abuelos porque no pensaban como hoy comienza a pensarse. Pero sí sería desacertado que, frente a la marcha que adopta la Historia y frente a la postura que toma la Iglesia con un realismo sorprendente, empeñáramos nuestro esfuerzo en «conservar» todo lo de antes.

Ese realismo sobrenatural es un don del Espíritu Santo.

El educador de jóvenes tiene que ser un adelantado: no puede contentarse con las funciones de oidor, veedor, moderador.

Adelantarse no significa romper con el pasado, sino ponerle ruedas para que avance al compás de la Historia. Para correr a ese ritmo puede que sienta la necesidad de renunciar a formas o cosas que ya no caben en el carro, pero nunca abandonará su arazón, sus ejes, su impulso vital sobre todo. Y nada obsta a que arrastre consigo algún recuerdo rancio, pero de especial valor sentimental: el hombre es «humano».

La Iglesia va dejando caer poco a poco (acaso, debido al Concilio, con más prisa de la que suele) su aspecto triunfalista, jurídicista, soberano. Su mirada se vuelve con especial interés a la realidad íntima de Cuerpo místico de Cristo <sup>5</sup>, y en lo externo, va adoptando el criterio del *testimonio* <sup>6</sup>, como el que hoy le piden de diversos modos el mundo y el Espíritu Santo.

Gradualmente las curias episcopales irán adquiriendo nuevo aspecto: lo pastoral irá reemplazando y superando a lo administrativo. La curia romana va a ser renovada ante nuestros ojos. Esa liturgia fija y demasiado romana, cede cada día más en favor de la adaptación a lugares y costumbres, y a la participación viva de los fieles. El clericalismo, exagerado sin duda en los siglos últimos, se abre para dejar paso a la presencia del seglar en la Iglesia.



Con todo ello la jerarquía adopta una postura de servicio que realza su testimonio cristiano y eclesial a la vista del mundo entero.

Parece igualmente que la Iglesia renuncia a la postura inquisitorial —válida en su hora, pero no hoy— de condenar errores, lanzar anatemas, o redactar listas de libros prohibidos<sup>7</sup>. La Iglesia, segura de su verdad, pero no menos consciente de su misión maternal de caridad, abre los brazos al diálogo ecuménico, participa en el Consejo Mundial de las Iglesias, abraza a la «ortodoxia oriental», promulga el decreto conciliar sobre el ecumenismo, admite la «*communicatio in sacris*», favorece las relaciones entre los cristianos separados, tiende su mano incluso a los no cristianos, promulga los principios de la libertad religiosa.

No se le oculta el peligro real de relativismo dogmático o de indiferencia religiosa, pero tampoco le arredra, porque ve en las señales de los tiempos la voz del Espíritu Santo que la guía.

La Iglesia acepta el hecho histórico, y al parecer progresivo, del pluralismo religioso; estudia el difícil problema, de compaginar misiones, libertad religiosa, neutralidad del Estado, escuela confesional. Aspira sólo a comprender la voluntad de Dios en esta realidad del día, para desarrollar como siempre su misión de testimonio: el estandarte elevado a vista de las naciones<sup>8</sup>.

En fin la Iglesia vuelve su mirada amorosa al hombre tal cual es: lo ve caído, débil, inclinado al mal. Pero lo ama, porque lo ve como amado por Dios: se siente Iglesia de los hombres, Iglesia para los hombres. Tiene la valentía de proclamar en pleno siglo xx que el hombre es bueno, que los valores humanos tienen consistencia en sí mismos, que el amor humano es bueno, que la cultura, el deporte, el arte, son buenos porque reflejan algo que Dios ha concedido y encomendado al hombre<sup>9</sup>.

Y ahora, nuestra reflexión: esa postura de humilde testimonio, de mayor contemplación de la verdad, de mayor inclinación hacia el hombre, no es la que hasta hoy ha percibido el joven español, no es la que hemos presentado los educadores al joven español.

Y, no obstante, los gestos del día (Concilio, cesión de la tiara a los pobres, viaje pontificio en un vuelo de línea comercial, desayuno con los huérfanos de Bombay...) encantan a los jóvenes españoles. Todas las modificaciones que hemos enumerado son admitidas inmediatamente por nuestros jóvenes. Hay sólo un riesgo: que nosotros, sus responsables, en lugar de llevarles discretamente de la mano para hacerles penetrar en lo que esconden esas apariencias y en lo que las anima desde lo profundo de la Iglesia, nos quedemos rezagados en una oposición increíblemente conservadora. Perderíamos así todas las bazas para poderles educar al

no conseguir su aprecio o su respeto para con quien, al serles mayor, les precede, pero sobre todo, les guía como mayor.

No todo lo dicho es mejora, progreso, adaptación. Cambios de este género llevan consigo no pequeña dosis de riesgo. El mundo, dentro del cual la Iglesia evoluciona, avanza también, y no siempre en sentido positivo. Todo ello hace más urgente la necesidad de que nuestra juventud cuente con guías seguros, prestigiosos, indiscutibles.

Efectivamente, nadie puede ignorar que el mundo avanza hoy también (como siempre) por senderos ambivalentes. Junto al progreso técnico, científico, y aun antropológico, el espíritu humano encuentra una corriente paganizante. La expansión del pluralismo religioso no significa que la relación con Dios empape todos los niveles de la humanidad culta: más bien se adormecen muchos en un verdadero neopaganismo acaso inédito en la Historia; hay una neutralidad con la que difícilmente puede compaginarse el Evangelio («quien no está conmigo está contra mí»<sup>10</sup>) ni es admitida por las almas grandes.

Por si fuera poco, ya sea como efecto ya como causa de esa situación dudosa, una inmoralidad creciente, calculada, y hasta científica, invade todos los estratos de la sociedad.

España no es una excepción. También esas deficiencias que el mundo padece van infiltrándose entre nosotros<sup>11</sup>. Cada día son más patentes o más insinuantes. Nuestros jóvenes, generosos por ser jóvenes, pero también por jóvenes inexpertos y débiles, no siempre sabrán oponerse a la lucha abierta, y menos aún sabrán ser enérgicos ante la insinuación solapada.

Nuestra educación religiosa debe mirar también este aspecto real. Es inútil empeñarse en ocultarlo, en no querer verlo, en disimularlo, o peor aún, en quitarle peligrosidad. Está ahí, y es una manifestación actual del permanente «misterio de la iniquidad». Ahora bien, Dios, que podría suprimirlo, lo deja subsistir: «Dejad que la cizaña crezca junto con el trigo hasta el día de la siega»<sup>12</sup>. Hemos de aceptar este plan divino y secundarlo; hay que conseguir que, cercada por la cizaña, nuestra juventud sea sólo trigo, y trigo del ciento por uno.

En concreto, el ambiente histórico en que se desenvuelven nuestros jóvenes y, por lo mismo la acción educadora de sus padres y de los que por vocación aceptamos la responsabilidad de educar, puede acarrear de por sí unas cuantas consecuencias fatales. Creo que podrían reducirse a cuatro, al menos a cuatro principales y no reductibles a menos de cuatro.

## CONSECUENCIAS POSIBLES

### I. ABURGUESAMIENTO.

Nuestro joven tiene cierta literatura de inconformista. Y no es falsa esa literatura, pero de hecho no abarca ni la cuarta parte de la juventud española. El resto no es que sea conformista; sencillamente se va aburguesando: los de la clase media, los de la clase alta, los de la clase obrera o popular. Lamento no poder traer aquí números ni porcentajes, pero algunos datos incompletos poseo que no reducen mi testimonio a puro empirismo.

Hay muchísimo egoísmo, mucha atonía social y política, mucho desentenderse del servicio, de la vocación, demasiada absorción por lo deportivo. A ello han contribuido por igual los avances técnicos, la superficialidad de la vida en general, los XXV años de paz, las sicologías europeas de la posguerra.

Mirando a la educación religiosa, este aburguesamiento sólo produce los tipos que Guittard clasifica como tradicionalistas, divididos, indiferentes y arreligiosos<sup>13</sup>; muy pocos fervorosos van a salir de un ambiente juvenil aburguesado. Y es muy probable que tampoco en los demás terrenos en que el hombre se mueve, una juventud así pueda dejar su huella elevadora.

### II. RELATIVISMO RELIGIOSO.

Lo dije al empezar: España ha sido avanzadilla de la ortodoxia. Se dice que «Italia disfruta de la verdad, Francia busca la verdad, Alemania complica la verdad, España defiende la verdad». Pero eso mismo nos ha hecho rígidos, enteros, intransigentes como la verdad misma. ¿Sabremos hoy seguir apreciándola sin dejar de amar al que yerra en la fe?

La libertad religiosa a punto de regularse legalmente en nuestra patria, los decretos conciliares sobre ecumenismo y sobre libertad religiosa, el contacto multiplicado con extranjeros acatólicos, ciertas apostasías de clérigos entre nosotros, e incluso no poca exageración en algunos escritores fecundos, ¿no llevarán a nuestra juventud al polo opuesto? Incluso ese deseo de romper con «lo de antes» ¿no desarrollará el germen de la indiferencia religiosa?

Sinceramente, ese aburguesamiento ya actual y creciente, ¿no buscará en el relativismo doctrinal el sendero cómodo para vivir a sus anchas sin preocupaciones?

### III. INSTRUCCIÓN SOLA.

Y esta vez la consecuencia fatal recae sobre el educador, sobre el maestro principalmente.

Uno está preparado con solvencia para enseñar ciertas disciplinas. No tanto para enseñar lo religioso a nuestra juventud. Y digo esto porque más o menos conscientemente nuestro joven exige hoy un equilibrio entre lo que aprende como científico y lo que debe aprender como católico. Y la cultura religiosa que precisa el joven español debemos reconocer que no se imparte ni en las clases de los Institutos, ni en los Colegios de Religiosos, ni menos aún en la Universidad. La razón puede estar en los horarios, pero ciertamente lo está en preparación de los educadores.

Esto se agrava porque en más de un caso, el educador se siente todavía menos solvente para educar cristianamente en cada momento, con el ejemplo, la reflexión, el sentido cristiano que se da a todas las enseñanzas.

Pero voy a insistir en un punto, a mi ver capital. La distribución de materias por profesores especialistas está causando la yuxtaposición de disciplinas y saberes, no su acertada fusión o convergencia<sup>14</sup>. Y si esto no es grave tratándose de la ciencia, es gravísimo refiriéndose a la educación. Se deja ésta simplemente al profesor de religión; éste, muchas veces y a tono con sus colegas, se considera mero instructor en materia religiosa, ni trata con sus discípulos más que durante su lección diaria o alterna. ¿Quién educa en tales Centros de educación? ¿Quién se cree responsable de ir más allá de la transmisión de nociones para preparar a esos jóvenes a la vida cristiana fervorosa?

Estos interrogantes llevan una carga densa de preocupaciones. Y la dificultad propuesta no tiene nada de teórica.

### IV. DESPREOCUPACIÓN FAMILIAR.

Y en fin, los padres. El ritmo de la vida y los valores que hoy más se cotizan, crean casi fatalmente en los padres verdadera preocupación por dar cultura a sus hijos. Además, al confiarlos al centro educativo, dan por cumplido su deber de educadores natos.

Hasta aquí todo normal; o casi todo, pues confiar sus hijos a otro nunca debe significar que se desentienden de cómo actúa ese otro. Pero tiende a generalizarse la idea de abdicar así de toda preocupación por la educación religiosa de los hijos. Mientras para muchas familias esto es un deber sagrado que se cumple con amor y fidelidad, para muchas otras (¿cuáles son hoy más numerosas?) los padres renuncian fácilmente a educar religiosamente.

Se excusan diciendo que los chicos de hoy son difíciles, o diferentes, o en que hay que respetar su libertad. Otras veces, sin preocuparse de buscar pretextos, los hay que renuncian definitivamente porque su propia vida no se desliza en el terreno religioso por los cauces de la generosidad. El hedonismo va resquebrajando también el clásico alcázar familiar, y así no es difícil comprender que se descuide la educación cristiana de los hijos: con verlos crecer sanos y asegurarles el porvenir terreno se dan por contentos muchas familias.

Aquí termina el planteo de la situación. Por una parte el momento actual de la Iglesia marca una pauta nueva a nuestra juventud. Por otra, las corrientes del mundo en las que deberá discurrir y debatirse señalan tanto el cauce cuanto las sirtes y los escollos. Dados estos problemas reales que el ambiente inmediato y el marco más remoto presentan a nuestros jóvenes, los responsables tenemos que aportar con realismo cristiano un revulsivo eficaz, que por lo menos no cargue sobre nuestra conciencia el pecado más grave para los mentores de una sociedad: el de descuidar la educación religiosa de nuestra juventud.

Pero no podemos estimularnos sólo para liberar la conciencia. Podemos tener fe en la juventud<sup>15</sup>, y más fe en Dios, y así, al retocar no poco en nuestro estilo de educación religiosa, buscaremos sobre todo construir el futuro de esta juventud, de la Iglesia, y de España, futuro que no puede dejar impasible a ningún espíritu noble.

---

Para ser ordenado, ya que no exhaustivo, al hablar de las mejoras, algunas de verdadera urgencia, que hemos de saber aplicar a la educación religiosa de nuestra juventud española, podríamos mirarlos desde tres niveles diferentes, cada uno más concreto y pormenorizado que el anterior.

Ante todo, importa revisar algunas líneas básicas de nuestra educación; esa revisión más profunda ha de influir luego y condicionar la presentación de la doctrina cristiana; y en fin, todo ello nos invitará a mejorar algunas aplicaciones concretas que se nos impondrán por vía de consecuencia.

A decir verdad, no pretendo agotar el tema en ninguno de los tres aspectos, y menos en el tercero. Pero trataré de enfrentarme al menos con lo que me parece más esencial.

## A. RETOQUES EN LAS LINEAS BASICAS DE NUESTRA EDUCACION RELIGIOSA

No llamo línea básica al dogma ni a la moral. Y me explico. El dogma, la liturgia, la moral, son por una parte el contenido doctrinal de esa misma educación, y por otra el impulso que vivifica la actividad toda del cristiano.

Línea básica es para mí la postura humana de la persona que se enfrenta con la religión como deber y como vida. La revelación sería la base objetiva de la religión; la postura humana es más bien la base subjetiva, el substratum donde se cultiva la semilla de la Revelación, y este aspecto es el que aquí me interesa considerar.

En efecto, no es igual admitir el mismo y único dogma de la Iglesia por un espíritu integrista que por otro relativista, aunque ambos lo admitan; hay mucha diferencia en aceptar un buen libro religioso, obra de un protestante, por curiosidad, o por admiración, con sentimiento de acogida, con espíritu crítico, o con dudosa satisfacción. Ante el no católico fue diametralmente opuesta la postura de los conquistadores y la de los inquisidores.

Esto lo considero fundamental: el estado de ánimo, la postura radical, el «espíritu» como hoy se dice, la «weltanschauung», que nos dé ante todo el joven español tal como hoy debe ser. Luego veremos qué comunicarle y cómo inspirárselo. Esto último parece en sí más educativo, ya que nos interesa el aspecto religioso de la educación, pero nadie puede negar que se hallará condicionado por aquella postura fundamental.

Y con ello no cedo ante corrientes subjetivistas modernas; ni siquiera doy razón a tanta fenomenología como hoy corre, con su buena parte de verdad; simplemente repito con palabras modernas el viejísimo «quidquid recipitur...». Y es que nos urge disponer de un «recipiente» adecuado en cada muchacho. La experiencia con los de más edad nos lo demuestra: muchas reacciones, incluso de teólogos sensatos y profundos, ante ciertos decretos conciliares, su modo de entenderlos aun dentro de la plena aceptación de los mismos, prueba que la postura radical del «receptor» es la que influye en el modo de asimilar un contenido que parece ser el mismo para todos.

Afortunadamente, esta postura o espíritu que debemos formar previamente, no sólo ayudará a retocar con acierto la educación religiosa de nuestros jóvenes, sino que hará de ellos hombres mejor preparados para los demás aspectos de la formación humana.

Pues bien, estas líneas básicas que deberíamos mejorar creo poder reducirlas a cuatro.

## I. EQUILIBRIO DE CRITERIO

Entre nosotros es frecuente el tipo intransigente. Tanto que para algunos extranjeros sería una característica del español. Y se explica por el trascendentalismo y el individualismo que la Historia y la sangre han dejado como poso en nuestras vidas<sup>10</sup>.

La verdad es única, y por lo tanto intransigente. Cierto. Por lo mismo, el que posee la verdad entera y segura debe en ese punto ser intransigente. Lo malo ha sido, y es, creer que cada uno de nosotros poseemos de hecho enteramente la verdad, sin admisión de matices ni claroscuros. Y aquí nos equivocamos.

Cierto e indiscutible que Dios existe; pero ya no es tan sin matices al afirmar qué sea Dios. Y en nuestra búsqueda en nuestro caminar hacia el Ser Infinito que nos atrae, cada día sabemos más, cada hora sabemos mejor lo que es Dios. En el fondo estoy afirmando que nunca en este mundo sabemos sin género de duda todo lo que es Dios. Y si esto cabe decir del dogma más fundamental ¿qué base tienen ciertas manifestaciones de nuestra intransigencia?

Y es que hemos de admitir que las ideas no existen fuera de las personas que las piensan. Expresiones similares encierran a veces contenidos diversos y, por el contrario, con mayor frecuencia frases de sonido divergente pueden compaginar con el simple intercambio de ideas en un diálogo entre los pensadores.

La verdad nunca está en el extremo, sino en medio. Y no se entienda que el punto medio significa un compromiso entre dos errores. Eso sólo vale en política o en administración: cediendo por ambas partes se rempazan las posiciones extremas por un «modus vivendi». Aquí no: la verdad es el equilibrio entre dos afirmaciones complementarias; ninguna de las dos es la verdad total, las dos tienen mucho de verdad; la síntesis de ambas quizá nos dé la verdad más plena.

Y esto es tener equilibrio de criterio, cuyas aplicaciones a la educación religiosa son evidentes. Mil veces cree un joven que es sincero porque nunca miente. Pero puede suceder que su postura sea extremada, no equilibrada, porque en su sinceridad no atiende a otro elemento: la caridad. Y así dice verdad, pero ofende al amor: no vive la verdad.

Un joven así de sincero (¡y cómo se precian hoy los jóvenes de ser sinceros!; y creo que no debemos dudar en reconocer mucha razón en su presunción), no será calumniador, pero sí murmurador, sí gravemente indiscreto, sí amortiguador de amistades y cegador de caminos que llevarían a otros con él hacia la verdad poseída en caridad.

Más delicado aún: hay quien cree que entre error teológico y

plena ortodoxia no hay término medio. Sin discutir que el error sea error, la ortodoxia puede oponerse al pensamiento vivo que obliga a revisar cada día, o al menos cada época, las expresiones dogmáticas o sus fundamentos tradicionales, a la luz de cada nueva profundización<sup>17</sup>. Ortodoxia sería, si no, igual a fijación de la teología, y eso ya no es tan correcto.

La ortodoxia no tiene por qué pactar nunca con el error que condenó en determinado momento, pero tampoco puede dar por inamovible la concepción de la verdad que expresa con tal o cual fórmula. Ni nunca debe detener por exhausta su meditación sobre el contenido, so pena de evaporarlo poco a poco, o sobre todo, de no hacerlo fructificar, de dejarlo estéril.

Por eso no significa equilibrio de criterio la postura integrista. Es integrista en este caso el que siempre está seguro de que tiene razón y por lo mismo es intransigente en cuanto a las fórmulas tradicionales. Tal postura tiene mucho de equivocado, pero sobre todo es muy poco educativa.

Hace un par de años solamente un lector de *El Ciervo*, escribía a la redacción quejándose de que se llamase «hermanos separados» a los que siempre habíamos apodado herejes o cismáticos, y exigía el mantenimiento de estos términos como más exactos, concluyendo con un apodíctico «al pan pan y al vino vino».

También queda lejos del criterio equilibrado la posición relativista, a la que he aludido ya más de una vez. Es la postura contraria a la anterior: aquí la verdad «transige» con cualquier «extremo».

Se admite que quien obra de buena fe posee la verdad, cosa que no tiene nada de cierto. Se admite, por ejemplo, que el poligenismo puede ser verdad científica, y el monogenismo verdad dogmática, cosa que ninguna persona de criterio puede compaginar.

Esta posición de equilibrio de criterio la considero capital para la formación humana del joven español, de cualquier joven desde luego. Pero me parece de mayor urgencia para el caso de la educación religiosa. Dentro de las líneas básicas, ciertamente la primera.

## II. CULTO A LA VERDAD

Fácilmente huye el joven de la realidad por el atajo de la ficción, del sueño, de lo artificial. Acaso sea una de las razones por las que el cine subyuga tanto a los jóvenes.

Pero hay otra tergiversación de la verdad, que cada día deploran más los educadores con espíritu: el pragmatismo de esta misma



juventud. Y esto ya no es tan normal. Esa juventud de la posguerra, la misma que se muestra tan rebelde en otras cosas, es la que, quizá por extraña reacción, se sumerge en la búsqueda del resultado: la eficiencia por la eficiencia, poco importa el camino, poco importa si hay justicia, si hay honradez o si hay verdad en el procedimiento.

Sería algo así como una reacción contra nuestra generación que, según ellos, ha hablado mucho, pero les ha dejado un mundo poco simpático: al culpar de ineficacia y desacierto a sus progenitores, rompen con la verdad y con la realidad.

Porque «culto a la verdad» es prácticamente aceptación de la realidad. Y en ello va implícito —y muchas veces explícito— un acto de fe: es como decir «fiat» al Dios creador, es admitir que lo que ha creado «es muy bueno». Que incluso todas las deficiencias que la naturaleza y el mismo pecado original ha traído consigo, deben aceptarse desde el momento que Dios las permite.

Lo contrario a la verdad ya no es tanto el error; menos aún la ignorancia; la verdadera oposición a la verdad está en el rechazo de la realidad<sup>18</sup>.

El joven educando podrá ignorar muchas cosas, podrá equivocarse mil veces. No es grave. Pero sí sería grave si rechazara el intentar suplir esas deficiencias. Culto a la verdad será aprender cada día más y con mayor interés para saber «toda la verdad de Dios», esto es, todo lo que Dios ha hecho, *toda la realidad* (no sólo la sobrenatural, aunque sí especialmente la sobrenatural).

Culto a la verdad será corregir una equivocación para alinear su juicio con la realidad que Dios ha hecho. Esa rectificación de tiro es necesaria, claro está, cuando yerra uno respecto de la naturaleza del purgatorio, o sobre la licitud de un procedimiento de compra-venta; pero es igualmente necesaria —y esto no parecía tan claro—, cuando el joven yerra sobre los ríos de Asia, las gestas de Leovigildo, el manejo de las tablas de logaritmos, o el ablativo absoluto.

Lo que importa es una disposición de aceptación y búsqueda de la realidad, de preocupación por recibir íntegro el don de Dios, la obra de Dios tal cual es.

El error, la ignorancia, son solo unos accidentes en el sendero que conduce a la verdad. Pero rechazar la realidad, abandonar ese interés por la obra total de Dios, es salirse totalmente de la ruta. Por eso, el culto a la verdad será ante todo buscar la realidad y amarla; luego, ir corrigiendo los errores hasta que el camino resulte libre de impedimentos.

Este ideal suele estar bastante alejado del joven español. Y hoy resulta más urgente que nunca. Y si no, piénsese en ese desinte-

rés total por la cultura religiosa que se observa en algunos jóvenes. Es un síntoma de los peores. Los hay enteramente preocupados por equilibrar sus conocimientos científico-literarios con los religiosos; pero son más los que cada día se desinteresan más y acaso no lograrían un modesto aprobado en ese terreno. Luego, lógicamente, estas dos posturas se desdoblán en jóvenes que intentan vivir como cristianos, y los que tampoco tienen más interés que vivir pragmáticamente o en el mundo del ensueño.

Y es que la falta de culto a la verdad, suele ser en el fondo inconfesado, y acaso inconsciente, el deseo de escamotearla, para no sentirse llamados, con la lógica y el ardor que la juventud lleva consigo, a vivirla con fruición y sacrificio. O lo que vale lo mismo: en ese alejamiento de la realidad y sus exigencias se agosta lo que podía ser lo más fino de nuestra juventud.

El culto a la verdad, la búsqueda de la realidad con amor e interés religioso, he ahí otra línea básica que hay que retocar para educar mejor al joven español, sobre todo religiosamente.

### III. ACOGIDA Y ADMIRACIÓN ANTES QUE CRÍTICA

El joven critica hoy sin piedad. Critica todo, pues doquier encuentra cosa criticable. Lo malo porque es malo, lo bueno porque es deficiente, lo muy bueno por no ser perfecto.

Y, además, justifica su crítica con la razón de que es constructivo; dice que sólo quiere que se mejoren las cosas, y por eso las flagela.

Pero hay ordinariamente dos errores en su posición. Uno, cierta impresión de autodefensa y autojustificación, que siempre ha existido en los jóvenes, pero que parece agudizarse en los años de la posguerra. Aspecto interesante, pero que voy a dejar de lado. Y otro error, al no reconocer lo positivo de las cosas que critican, o al considerarlo muy en segundo término, ya que sólo se fijan en lo poco que les falta para ser completas y satisfactorias. De esto último quisiera hablar.

Pero me dirijo a los responsables, a los educadores, no a los jóvenes. Y, sinceramente, me temo que esa tendencia tan normal y tan aguda, a la crítica por parte de los jóvenes disconformes, haya sido favorecida y amargada por nosotros mismos, en lugar de encarrilarla.

¡Quién sabe si nuestra formación intelectual no ha buscado al crear en ellos una mentalidad de exigencia, cierto espíritu aristado, agudo, cortante! Queriendo quizá enseñarles «objetividad» les hemos acostumbrado a pedir cuentas a todo: a personas, hechos

y motivaciones. El joven se ha convertido así ante todo en juez<sup>19</sup>. Y, la verdad, esto es adelantarse a los años, y, sobre todo, anular los valores más formativos de la adolescencia, que son los de admirar, aceptar, amar. Valores que el joven no sabe aún compaginar con la crítica, porque eso pide madurez y equilibrio.

Todo hombre es siempre con más razón objeto de amor que de odio. Toda acción tiene más de positivo que de deficiente. Habría que recordar más veces que, ontológicamente, todo es bueno, y que el mal no es fundamentalmente más que una carencia, algo negativo.

Una lección de literatura, el análisis de un párrafo clásico, debería buscar, sobre todo, el aprecio de la forma y la densidad del contenido. La sesión de cine-forum, en lugar de censurar los defectos del film, debería tender a captar lo positivo que haya en su mensaje y a valorar sus aciertos. La Historia tendría que llevar al amor de la patria y al aprecio de lo que otras naciones han realizado en pro de la humanidad: ¿por qué tanto espacio para las guerras dinásticas e internacionales, y tan poco para los inventores, sabios y artistas de todas las naciones?

Habría que humanizar la geografía y, por detrás de los accidentes orográficos y las diferencias climáticas, presentar el modo de ser de los habitantes, resaltando sus virtudes humanas, sus méritos históricos.

Pero ya desde las primeras lecciones de cosas habría que ir disponiendo al discípulo a la admiración de lo que le rodea. La mano creadora de Dios ha realizado esas maravillas que llaman a su vista, pero el educador debe hacérselas apreciar. Luego sabrá ir viendo cada día mejor lo positivo que hay en el hombre, porque el espíritu que sabe admirar, no suele tener tiempo para llegar a la censura de lo que cree, y quizá es, defectuoso. La disposición de «acogida» no le permite agotar tanta bondad y belleza como hay en las cosas y más aún en las personas. Así, poco a poco, irá viendo en ellas otros tantos reflejos del Verbo hecho carne, primogénito de la creación<sup>20</sup>, y síntesis soberana de la obra de Dios en el mundo.

Esto es lo único constructivo. Llamar constructiva a la crítica, sobre todo a ciertas críticas cargadas de amargor, me ha dejado muchas veces incrédulo.

Y no piense nadie que me alejo del tema. Hablo de educación religiosa, y afirmo que para que ésta sea correcta, hay que modificar acaso ampliamente esta línea básica: adoptar la postura de la acogida, de la admiración, en lugar de esa otra, más difundida, de criticarlo todo, pesar un comino, colar un mosquito<sup>21</sup>.

Ello tiene muy serias repercusiones en lo religioso. Ante la re-

ligión la postura crítica es la menos adecuada para un joven. Es cierto que la verdadera religión aguanta cualquier embate racionalista, pero no es igual suponer que cualquier católico puede resistirlo, menos aún si es un joven. Hace falta amplia cultura y esa madurez que el joven no puede poseer. La fe puede ayudarle a rebasar el cabo de esa «tormenta»; pero ¿sabrá él acudir a esa fe?

Porque no es buena táctica pensar primero en las embestidas que vienen de fuera. Ese joven de espíritu puntiagudo y exigente, comenzará él mismo a exigir al dogma y a la moral explicaciones y respuestas, que siempre existen y además precisas (si no evidentes), pero que él ignora y que no preguntará a quien se las pueda proporcionar. En esa situación, es fácil pensar en el naufragio.

Contemplar y admirar la sublimidad de la religión es, por un lado, fácil, interminable por otro, y siempre positivo y elevador. Exigir una explicación nítida sobre la Trinidad, sobre la predestinación, sobre la inspiración bíblica, sobre la esencia de la Iglesia, etc..., puede ser interés por lo sagrado, puede ser preocupación de cultura religiosa, pero también a veces pudiera ser una gran imprudencia atendidas las circunstancias, hasta incluso podría calificarse de pretensión desacertada; y no debemos descartar que en otro caso esa exigencia ocultara el deseo de convencerse de que esos temas difíciles restan verdad a una religión cuyas exigencias vitales molestan: y quiere uno entonces liberarse de un yugo que resulta pesado porque no se le quiere mirar como suave y ligero <sup>22</sup>.

No lo olviden los responsables: una postura radical de exigencia puede favorecer el juicio crítico, es evidente; pero también puede degenerar en serio peligro religioso si de jóvenes hablamos; y sólo la posición admirativa, acogedora, ante la realidad, es capaz de permitirnos descubrir todo lo bueno que hay en las cosas, y lo que de espléndido, noble y elevador posee cualquier religión, pero sobre todo la revelada por Jesús.

Mucho se habla ahora de reformar la teología, de hacerla más cordial, más vital. No debo entrar aquí en el tema, pero sí aludo al mismo para reforzar mi idea: no es la crítica, sino la admiración, la mejor disposición para que esa teología cuaje en formas que un día puedan ser clásicas, sin que ello deba restar rigidez científica a la exposición sistemática del dogma.

#### IV. CONQUISTAR MEJOR QUE CONSERVAR

Un día la fe española fue conquistadora. Casi siempre desde la aparición del cristianismo. Apenas germinó en nuestra tierra

la fe cristiana, nuestros mártires conquistaron casi toda la península para la verdad. A pesar de estar luego gobernados por un estado arriano, los concilios toledanos dejan constancia de la conquista definitiva de las almas por el cristianismo; poco después se conquistaba incluso el Estado mismo. Sin apenas tiempo para disfrutar de la victoria de la unidad católica plena, otra vez nuestra fe hubo de hacerse conquistadora ante el alud mahometano: que no fue pequeña conquista la conservación de la fe en la zona ocupada por la morisma. El mismo año en que el último reducto musulmán caía ante el ímpetu de la fe armada (eran así los tiempos), otro campo, esta vez inmenso, se abría a la fe conquistadora de los españoles: y América o el IV Centenario del cristianismo en Filipinas, son hoy un hecho para el que sobran los comentarios. Y fue así la fe de nuestros antepasados en las guerras alemanas, en la misma Inquisición, en las alianzas políticas, en las manifestaciones todas del brillante Siglo de Oro.

Pero luego ya no podemos continuar en el mismo tono. El Estado, sobre todo desde los Borbones, sabe mucho de ilustración, de modernismo, de masonería, de liberalismo. Y el pueblo, cristiano fervoroso, cedió ante la situación y se arrinconó en su espíritu de conservación, abandonando la conquista. Así fueron los siglos XVIII y XIX.

Me gusta considerar como excepción el alzamiento carlista. No por lo de carlista, político, o, en fin, sucesorio; sino por lo de cristiano contra liberal. Poco importa en este momento si acertó o no, si su postura íntegra o integrista mereció mejor o peor suerte. Lo que me interesa es destacar lo que voy llamando fe española conquistadora. Con otros nombres o con otros infantes, da lo mismo, pero el hecho es que al arrancar el segundo tercio del siglo XIX la fe batalladora se había alzado en armas (otra vez!) contra la corriente laicizante que se nos infiltraba. Lo lamentable fue, ciertamente, la escisión de espíritus que desde entonces aquejó a España, y que todavía no se ha restaurado.

En el hecho carlista se deja ver entre otras cosas, el espíritu concreto del español, que «encarna» necesariamente sus ideales en seres de carne y hueso; el espíritu extremoso por trascendentalista, que se aviene difícilmente a la componenda; y el carácter castrense de nuestra fe <sup>23</sup>.

Hace ya veinticinco años largos, otra vez el español demostró tanto la dureza de su fe ante los piquetes de ejecución, como la valentía de saberla defender con las armas cuando subía al Alto de los Leones con más estandartes que fusiles <sup>24</sup>.

Pero cuando no es el momento de empuñar las armas, de sobreponerse heroicamente al adversario, la fe española parece per-

der combatividad. Y si hoy ya no se debe hablar de combatividad, sino más bien de testimonio, ese testimonio parece replegado en lugar de ser expansivo. En la vida civil corriente y ordinaria, en la vida familiar, ante las insinuaciones de la falsa doctrina, ante el ataque solapado, ante la retirada vergonzosa, ante la apostasía práctica, ante la ignorancia quizá culpable, nuestra religiosidad se retira «discretamente» al santuario de la propia conciencia, y se hace peligrosamente conservadora.

El joven español de hoy se encuentra fácilmente con turistas acatólicos, con universitarios incrédulos, con compañeros de taller con filiación de militantes en campos poco cristianos, y ¿cómo reacciona ante ellos? La postura general es el silencio, casi en retirada, simplemente conservadora. Mejor no hablar de este tema; buscar algo que sirva de cohartada. Es el otro el que toma la iniciativa del ataque —porque si no vivimos de ilusiones, hay que reconocer que atacan—. Y en buena lógica, como en elemental estrategia, es más fácil la victoria en el atacante: al menos gana prestigio, él y su doctrina.

Pero no siempre nos hallamos ante un ataque. Simplemente, se dan a menudo contactos que llamaríamos marginales, aparentemente sin relación con lo religioso. Es rarísimo que en esos casos nuestro joven dedique su preocupación a difundir la verdad, a hablar de ella, a conquistar para la vida generosa.

E, indefectiblemente, una fe solo conservadora, languidece. La fe vivida con lógica lleva a la conquista (sin que ello signifique presión sobre la voluntad ajena, que por lo demás, no puede ser forzada). Y si ese espíritu de conquista no se da, ni siquiera por el solo buen ejemplo constante e intencionado, entonces esa fe, poco rica en lógica, se arrincona en el terreno de la mera conservación, puede vegetar atrincherada tras unas normas morales que cada día le resultarán más antipáticas, y comenzará paulatinamente a suspirar por el aire libre que le parece se respira fuera del aprisco de Jesucristo.

Se han hecho recientemente algunos sondeos en la Universidad española que parecen darme razón, no ya como peligro, sino como realidad vigente ya por desgracia<sup>25</sup>. Los conocimientos que nuestra juventud universitaria tiene del Concilio —a pesar de la relativa información que tienen a su disposición, y a pesar de la gravedad y emoción de algunos de los puntos tratados— dejan mucho que desear por lo que suponen de preocupación o no, de fe viva y conquistadora o no.

En resumen: conservar sin más es anquilosarse, es de viejos, es postura defensiva. Conquistar, progresar, es ley de vida. Y a medida que nuestro joven avanza en su vida fisiológica, precisa

un crecimiento acompasado en lo religioso, que, en definitiva, estará regulado por el espíritu de conquista bien entendido. (Antes de terminar habré de volver sobre esto para aclarar mi pensamiento.)

## B. REVISION EN LA PRESENTACION DE LA DOCTRINA

Estas son, a mi ver, cuatro líneas fundamentales, básicas, que deben revisar los responsables de la educación de nuestra juventud hoy. No me atrevo a decir que sean las únicas, pero sí creo que las principales.

Asegurada la base, es hora de pensar en construir el edificio. Uno de los elementos de la edificación es la doctrina cristiana que al joven se imparte. Hablo especialmente de nuestra explicación de religión, de nuestras reflexiones y exhortaciones orales, de nuestros ejercicios colectivos de piedad.

Voy a indicar con algunos trazos solamente (el tema es inagotable), lo que me parece debe ser revisado para que esa doctrina sea verdaderamente impulso vital para nuestros jóvenes.

### 1. DOGMA

Y primero el concepto de Dios. A través de todas nuestras explicaciones o exhortaciones, ya tengan directamente por objeto a Dios, ya a Cristo, a la Iglesia u otro cualquier punto de dogma, en la cúspide encontramos siempre a Dios. Paulatinamente el joven se va forjando una idea más clara de Dios. ¿Es aceptable esa idea?

Dios es inefable e inabarcable. No lo podemos describir ni explicar, ni mucho menos comprender. Pero es fundamental que, a pesar de ello, nuestro concepto de Dios no se oponga a la realidad, que nunca contradiga lo que Dios es, aunque nunca logre expresar todo lo que Dios es. Entonces viviremos para Dios, y no a medias, como sucede cuando nuestros intereses o conveniencias nos han fabricado un «dios de bolsillo».

Ya que tengo que elegir —una vez más— me limitaré a un aspecto solamente según el cual el concepto que de Dios se forme el joven, puede ser por culpa nuestra, además de falso, peligroso.

El adolescente, en particular si no está dotado de fuerte per-

sonalidad (y de esos hay pocos), pasa por unos períodos de temores, de dudas, de inseguridad, que a veces cristalizan en la postura de oposición a todo y a todos: al menos, contra todos los que tiene encima de él.

Que se inicie esa postura, es cosa normal; pero sería defecto del educador si llegase a madurar; y a ello se llegaría por la incomprensión del responsable: es cómodo, pero también «estrecho», achacar esa postura psicológica inicial a orgullo, engreimiento, arrogancia, agresividad..., cuando no es más que la máscara de la autodefensa de quien se siente débil.

Pero el adolescente adquiere así fácilmente un sentimiento de oposición al superior, llámese educador, prefecto de disciplina, padre, madre..., e incluso Dios (!). Esto último no lo piensa, pero lo vive en el subconsciente. ¡Dios es su opresor! Ahí es cuando se precisa un educador con ascendiente suficiente para que le permita presentarle a Dios como el Ser único donde se expansiona la personalidad en toda su plenitud.

El peligro es serio, y más hoy y entre nosotros. Hoy la personalidad, la libertad, la dignidad humana, se predicán desde todas las cátedras, y el joven adquiere por momentos mayor interés por sí mismo. El español, por si fuera poco, siempre se ha distinguido por cierta autosuficiencia, que es casi orgullo racial.

Admito que, precisamente por eso, este peligro alcance proporcionalmente a pocos, y que sean sobre todo chicas. Pero el peligro existe; y los hay que llegan hasta la blasfemia interior; o bien, a pecar con entera lucidez y voluntariedad, para estar seguros o seguras de que por un momento al menos se han liberado de esa «opresión de Dios»<sup>26</sup>.

Otro caso: ese educador desafortunado de quien hablamos, y que quisiéramos alejar, tratará de dar —probablemente con retraso— lo que se suele llamar iniciación sexual. Si el joven vive dentro de esa mentalidad de oposición, no hay nada que esperar: las barreras de la castidad serán signos inaguantables de la opresión de Dios. Pero si Dios ha sido presentado (y además captado) como creador de la personalidad humana, y el blanco donde ésta se expansiona al máximo, será fácil, constructivo y hermoso educar con exactitud en el amor y en la pureza ante la mirada de Dios.

Que nunca sea Dios la encarnación de las censuras morales, sino al contrario, la motivación del entusiasmo con que uno se enfrenta con la vida, y sus exigencias morales. No omitir por temor, sino avanzar por amor. No ver en Dios al que impone la ley, siempre onerosa, sino al que espera al final de la ley como en la cumbre de la escala de Jacob. En El está la expansión y la plena felici-



dad, aunque para llegar sea necesario tomar una escala y, naturalmente, la única que a El conduce.

Pero hay más. La fe católica, de acuerdo con la revelación que nos aportó Jesucristo al cumplirse los tiempos, profesa la Trinidad de personas en Dios.

Ningún joven español la niega (aunque se encuentren universitarios que dicen no creer en la divinidad de Jesús<sup>27</sup>). Pero la verdad es que somos excesivamente monoteístas. Y me explico.

Se admite el dogma trinitario, es cierto. Pero la relación de nuestras almas con Dios es siempre unitaria, monoteísta. O a lo más, dual: Dios por un lado, y Jesús por otro, a quien se reconoce como Dios.

Pero Dios Padre, como persona distinta, o Dios Espíritu Santo como individuo, no nos alcanzan. Creemos en Tres personas, pero tratamos con una sola: el Dios personal<sup>28</sup>.

Parte de culpa la tiene la teología occidental. Lógicamente, nuestra catequesis ha sido seguramente deficiente. Y como estricta conclusión, la espiritualidad de nuestra juventud crece totalmente monoteísta, pero no trinitaria<sup>29</sup>.

Y, no obstante, Dios ha querido revelarnos la Trinidad como lo más esencial de su SER, lo que constituye el dogma fundamental de su revelación y de nuestra fe. ¿Será, simplemente, para exigir a la razón humana el homenaje ciego ante una verdad tan profunda como altísima, y por lo mismo, incomprensible?

Pensarlo así es olvidar que Dios se ha revelado sobre todo para comunicarse plenamente a los hombres. La revelación no es para humillar, es para decirnos que nos ama, y manifestarnos las inmensas riquezas que pone a nuestro alcance.

Pues bien: esa revelación nos dice con insistencia verdaderamente sorprendente cómo cada una de las personas divinas tienen con el alma y con la Iglesia especiales relaciones: el Padre crea, diviniza al alma, envía al Hijo y al Espíritu Santo; el Hijo es autor de la vida, de la resurrección, nuestra luz, nuestra verdad, la cabeza del Cuerpo místico; el Espíritu Santo, huésped de las almas, las hace partícipes de la naturaleza divina, las sella con marca especial, les enseña a orar<sup>30</sup>.

La teología oriental ha ampliado y explicado muy bien todas estas afirmaciones<sup>31</sup>, pero la occidental, ante la dificultad racional de que «ad extra» todo tiene que ser común a las tres divinas Personas, suprimió todo lo «propio» de cada Persona, y lo redujo a una mera apropiación.

Entre los modernos que van corrigiendo esta postura extrema, un español, el P. Arintero, afirma así: «Las obras de la gracia no

son como las naturales. Estas son del todo comunes a las tres Personas por más que a veces se apropien a una de ellas. Mas las de la gracia, una vez que nos hacen entrar en el gozo del Señor, en la vida íntima y secreta de la divinidad, y en amistosa y familiar sociedad con el Padre y con el Hijo y en el Espíritu Santo, nos elevan a participar de las inefables comunicaciones que se realizan «ad intra» en el seno mismo de Dios; y así unas deben ser del todo propias, y otras, a lo menos muy singularmente apropiadas»<sup>32</sup>.

El hecho es que nuestra catequesis ha sido en este punto deficiente. Hoy hemos de retocarla. Hay Tres que son Dios. Con el Padre, con la primera Persona en Dios, debemos mantener relaciones filiales, como que le somos deudores del ser, la gracia, los auxilios de cada hora, la sonrisa de cada noche, el despertar de cada mañana.

Con el Hijo, con Jesús Dios-hombre, el joven debe sentirse plenamente hermanado: a él debe su filiación divina; Cristo es el tipo humano, meta de sus aspiraciones, la Cabeza del Cuerpo místico... Reconozco que las relaciones de nuestra juventud con el Señor Jesús son más personales, fruto de una característica muy notable de la ascética española.

Pero con el Espíritu Santo el olvido es superlativo, y creo cierto que nuestros jóvenes piensan muy poco que deben agradecer al Espíritu Santo esos maravillosos dones que recibieron en el bautismo, y que van progresando insensiblemente a lo largo de la vida y que crecerían aún más, si hubiera mayor conciencia de ellos: las mociones íntimas, el consejo inesperado, la fortaleza sobrehumana, el sentimiento filial para con Dios, el recuerdo frecuente de su santa presencia, las miras de fe... y al mismo Espíritu Santo, alma de la Iglesia, se debe el delicado gobierno y el sigiloso impulso de esa Iglesia de Jesús: ¿es posible no ver palpablemente la acción del Espíritu Santo en la marcha del Vaticano II?

Descuidar este punto no traerá, ciertamente, las desastrosas consecuencias del aspecto antes considerado. Pero el alma se empuerece sin saberlo; y un educador debe estar alerta no sólo para alejar los peligros, sino mucho más para aportar todo lo que de positivo puede enriquecer el espíritu de sus encomendados. También para él vale lo de «conquistar mejor que conservar».

Me parece obligado tocar (aunque sea brevemente) el tema de la Virgen María. España ha sido siempre mariana. Nuestra juventud sabe mucho de la Purísima y del mes de mayo. Hasta nuestros teólogos son hoy considerados «maximalistas» en mariología por los centroeuropeos<sup>33</sup>.

Entonces, ¿sobra el aludir a este tema, si pensamos en los retoques que habría que dar a la educación de nuestras juventudes? En cierto modo sí está de más. Pero la coyuntura histórica, dominada por el sentimiento ecumenista, aconseja no dejarlo pasar sin más.

Muy buena cosa es el ecumenismo: uno de tantos movimientos que el Espíritu Santo ha inspirado a las almas que le son dóciles. Pero casi todo lo nuevo corre el riesgo de alguna exageración. El hecho es que los teólogos ecumenistas de primera línea son centro-europeos; que su ecumenismo mira más que nada a los protestantes, como es normal; y que los protestantes desgraciadamente no son maximalistas en teología mariana, sino bastante menos. En consecuencia, hay cierta exageración ecumenista por esa zona que debilita constantemente la mariología católica, hasta el punto de que hace no demasiados años en Alemania se jugaba el prestigio científico quien se declarase mariólogo <sup>34</sup>.

Está en la mente de todos el debate mariológico del Concilio. Aquella votación casi igualada que dejó tan mal sabor en todos el 29 de octubre de 1963, los forcejeos para redactar el capítulo mariológico de la Constitución sobre la Iglesia, la oposición al título «Mater Ecclesiae», la declaración solemne de Pablo VI en la clausura de la III Sesión, y las diversas reacciones que suscitó <sup>35</sup>.

Y como somos hijos del tiempo, y muchas veces nada nos preocupa más que el que nos tilden de no estar al día, ha habido cronistas de nuestros periódicos que han querido quemar muchas devociones marianas tal como anidan en almas sencillas de españoles. Y basta que un Gächter niegue la voluntad de virginidad en María <sup>36</sup> (sobre todo si Guardini parece de la misma opinión <sup>37</sup>) para que todo un catedrático de universidad española aproveche las páginas de nuestro principal rotativo católico para airear el gran hallazgo antitradicional y poco teológico, como si fuera la redención <sup>38</sup>.

Y por eso, brevemente porque ya lo hemos tratado mejor en otro lugar <sup>39</sup>, diré que debemos continuar formando a nuestras juventudes en el verdadero amor y devoción marianos. Conforme con que se supriman esas estatuas que a veces reúnen en la misma iglesia nueve advocaciones marianas <sup>40</sup>; conforme con que se impregne de más espíritu bíblico y litúrgico el mes de las flores o los primeros sábados y todo ejercicio piadoso en honor de María <sup>41</sup>. Pero, dado el lugar que Dios ha señalado a la Virgen en su plan salvífico, en la vida de Cristo, en la historia de la Iglesia, y en la vida sobrenatural de cada uno de nosotros, cuidemos de aportar a nuestros hijos o educandos la doctrina sólida y abundante sobre María, el consejo y el impulso al amor, la devoción instruída,

pero cordial, sentida y eficiente, que de ello nunca tendremos que arrepentirnos. Y confiémosle la marcha del mismo ecumenismo hacia la Verdad <sup>42</sup>.

Terminaré lo relativo al dogma, resumiendo lo dicho y lo mucho que omito, en una sola consigna: eduquemos la fe viva. Una fe lo suficientemente ilustrada según las edades, y que en todo momento exija la práctica de lo que se cree.

Para que así sea, para que madure la piedad, para que la moral sea vivificada, para que a la hora de la crisis ésta misma sirva de empujón hacia la meta, añado otras dos consideraciones sobre las que preferiría detenerme un momento.

## 2. LITURGIA Y BIBLIA

Hablar de mejoras en la educación litúrgica de nuestra juventud puede parecer oportunismo. Por aquello de que la primera Constitución conciliar ha sido la de liturgia, y todos hablan de ello. Pero no: dado el objetivo de estas líneas, el tema es obligado.

No ha sido España abanderada del movimiento litúrgico. Pero no debemos sacar conclusiones exageradas, ya que éste ha ido tomando cuerpo lentamente, es relativamente moderno, y la entrada española en su estela no ha sido retrasada, sino normal y corriente. Hoy, gracias al impulso del Concilio, y exceptuados contados integristas o conservadores a ultranza (también en el clero), nuestro pueblo se encarrila definitivamente por las formas nuevas de la liturgia <sup>43</sup>.

Pero es que el problema está ahí precisamente: en que los jóvenes adopten las formas nuevas, pero vacías de contenido, o, al menos, muy poco ilustradas o fructuosas. El Concilio habla de participación activa, comunitaria y fructuosa <sup>44</sup>. Esta tercera cualidad no brota automáticamente de las dos primeras, más materiales.

Cuando la participación es «verdaderamente» activa, y «profundamente» comunitaria, el fruto es ya mil veces más seguro. Y es ahí donde incidimos en la necesidad de retocar las concepciones litúrgicas de nuestra juventud.

Porque para bastantes educadores, y por tanto para muchos jóvenes, la liturgia sigue siendo ritualista, con la diferencia de que han cambiado los ritos. Y nada más alejado de la verdad. Liturgia es la acción de la Iglesia, del Cristo total. Toda acción litúrgica tiene a Cristo por celebrante, tiene a la Iglesia entera como con-celebrante. Liturgia es acción cultural y acción santificadora. El culto es tributado por Cristo, la Iglesia y cada uno de los presen-

tes; la santificación es efectuada por Cristo en favor de la Iglesia toda y de cada uno de los presentes.

La liturgia resume, condensa en sí lo que hay de más íntimo en la vitalidad de la Iglesia. Porque es vida de la Iglesia el gobierno, la enseñanza, las misiones, las obras de misericordia, pero es mucho más íntimo en su vitalidad el alabar a Dios y santificar las almas. Y, precisamente, en la liturgia y sólo en la liturgia la Iglesia cree, alaba y ora en cuanto Iglesia. Y en la liturgia santifica principalmente, si ya no totalmente. E incluso en la misma liturgia ejerce, parcialmente, su función de enseñar y misionar <sup>45</sup>.

Cuando la liturgia es presentada según este valor, cuando dentro de la Iglesia nada resulta tan íntimo como la liturgia, y dentro de la liturgia nada tan cimero como la Eucaristía, entonces una misa cantada el domingo nunca podrá ser el rito que hay que soportar, sino el momento culminante de la semana para la vida del cristianismo.

Y ya no valen castílicas de cuándo se ha de llegar a misa para que se cumpla con el precepto... Esa misa es el remanso donde nuestro joven se empapa de Cristo y de la Iglesia, y de donde sale rejuvenecido para vivir según las exigencias nobles y sublimes de su bautismo y de su Comunión.

Y entonces los signos litúrgicos pierden tanto su aspecto talismánico como su carácter de incomprensidos: mucho más por la formación litúrgica profunda que por la modificación de algunos ritos o la retirada del latín. Seguirán siendo misteriosos esos signos, pero con un misterio más elocuente, ya que misterio es Dios, pero misterio que habla, ilumina, penetra.

Es la liturgia así comprendida, la que llevará seguramente al joven a la delicada atención por todo lo que sea Palabra de Dios: homilía, oración, comunitaria, y sobre todo, el saboreo de la Sagrada Escritura. Hubo un tiempo en que la Biblia quedaba lejos de los jóvenes por prudencia matizada de jansenismo; luego van siendo más y más los que se acercan a la Biblia con el interés de los problemas lingüísticos, literarios, históricos. Por fin llega el día —y la liturgia es el mejor guía en este nuevo sendero <sup>46</sup>— en que la Biblia se leerá como el mensaje de Dios a su Iglesia, la palabra recóndita para el alma fiel.

Y no exagero. ¡Para cuántos jóvenes, como lo fue para nosotros un día, la Historia Sagrada sólo era una serie de gestas, más o menos militares, acaecidas en un simpático rincón oriental! Y nada más. ¡Qué poco conocíamos las verdades predicadas por los profetas, la densidad que permea los salmos o los libros didácticos! Del mismo Job sólo conocíamos el apólogo, pero casi nada

su profundo mensaje doctrinal, ni siquiera la esplendidez de su forma literaria. Y a los jóvenes de hoy les pasa otro tanto.

Hemos de convenir en que; historia por historia, es más importante para nosotros la gesta de Guzmán que la de Sansón, y más decisiva la conquista de Granada que la de Jericó.

Pero es que la Biblia no es eso. Sería desfigurarla si la dejáramos ahí. En la Biblia hay que buscar a Dios que la inspira, a Dios que en ella nos habla, se nos revela a sí mismo y a su obra. Israel es un pueblo que Dios educa, al que castiga por perverso y perdona por hijo, al que confía el depósito de una esperanza mundial, al que prepara para una misión única. Y entonces las anécdotas de Gedeón o de David y la cautividad en Babilonia, tienen un significado nuevo, el único que les concierne.

La Iglesia es la heredera espiritual de Israel. Por eso valen para el pueblo cristiano las amenazas de los profetas, la oración que hacen en nombre del pueblo, la enseñanza gradual de la revelación de Dios.

Y así, la Iglesia fiel Esposa de Cristo lee en la liturgia la Sagrada Escritura: escucha al Esposo que habla en el Evangelio, le contempla anunciado en el Antiguo Testamento, celebra al Padre con las palabras que Cristo usó en la tierra (salmos), cree repitiendo las palabras del Esposo, alimenta su fe leyendo y proclamando la Palabra de Dios<sup>47</sup>.

Por eso, si en nuestra juventud inyectamos un profundo espíritu litúrgico, el aprecio de la Biblia arraigará en ellos vigorosamente. Y la Biblia con la Liturgia serán un alimento poderoso para su vida espiritual; acudirán a ellas con cristiana fruición; o mejor, ya que las tienen a mano, las convertirán en el impulso de su vitalidad cristiana.

### 3. MORAL

En buena lógica, asegurados los aspectos anteriores, sería innecesario hablar de los retoques que deba sufrir la presentación de la moral. Pero no puedo omitirlo ya que precisamente es la lógica la que ha faltado cuando se ha predicado una moral sin conexión con el dogma o la vida litúrgica. Y cabe el que aun hoy no lleguemos a mejorar esa catequesis por desfase de lógica.

Algunas de las intervenciones de los padres conciliares ha llegado a causar sensación porque afectaban a afirmaciones sobre este terreno. Se pide que el precepto de la misa dominical pueda ser satisfecho al atardecer del sábado; se solicita de modo más general que ningún precepto eclesiástico positivo obligue «sub gra-

vi» (abstinencia, misa, comunión anual); se pide la revisión de no pocas afirmaciones tradicionales sobre el matrimonio...

La verdad es que el periodista se agarra a la anécdota porque es lo suyo, y si puede causar sensación, mejor. Pero a través de opiniones así expresadas ante el episcopado entero (piénsese también en el tema no orillado de los clérigos caídos, aunque tratado fuera del Aula), lo que hay que saber adivinar, y aun ver con nitidez es la verdadera noción de la moral.

Como dije, al hablar de la Trinidad, que un misterio no se revela con el fin primero de humillar al hombre, también será erróneo pensar que la moral es un código establecido para reprimir la expansión natural del ser libre, como un contrapeso al don inmenso de la libertad: un capricho, al fin y al cabo, algo sarcástico por cierto, de Dios, que no quiere nos olvidemos de que «El es el Señor».

Puede darse algún precepto que signifique sobre todo la soberanía de Dios. Así la circuncisión en el Antiguo Testamento, o el descanso semanal en el Nuevo. Pero la ley y la moral no son principalmente eso. Ni necesito probar que esos preceptos concretos no tienen nada de caprichoso, y sí mucho de benéfico.

La moral nace del dogma. Si nuestra juventud cree en un Dios personal y paterno con todas las fuerzas de su ser, sentirá la necesidad de rendirle culto, de practicar conscientemente la religión: sentirá la necesidad de proferir su nombre con respeto, de dedicar horas y tiempos especialmente a su glorificación. Un testimonio muy moderno de esta sed de adoración, «tan fuerte como la de leer, cantar o reproducirse» puede leerse en el conocido Th. Merton <sup>48</sup>.

Si alguien cree que Jesús se inmola a diario en el altar, y reside corporalmente en el Sagrario, no necesitará que nadie le obligue a confesarse o comulgar una vez al año, y, por el contrario, se sentirá impelido a pasar ratos largos en la casa de Dios. Y así superamos todas las obligaciones del decálogo y de la ley eclesiástica. Porque sólo así, como en realidad es, la moral resulta agradable y estimulante, y la ley escrita sabe a un *mínimum* de exigencias que cualquier alma generosa rebasa ampliamente con solo vivir su fe con entusiasmo. Entonces no escandaliza el «*ama et fac quod vis*» de S. Agustín.

La casuística en torno a la pureza que tanto preocupa a muchos de nuestros jóvenes (y hoy a los adultos con el tema del control de los nacimientos), sólo tiene vigencia cuando en esas almas se debilita la fe en Dios Padre y en la Providencia cariñosa con nosotros. La posibilidad de compartir la obra creadora del mismo Dios, el sentirse depositario de unas fuerzas que pueden encarnar

nuevas almas inmortales, supone para el joven con fe ilustrada interés verdadero y emocionado por alimentar un amplio sentimiento de gratitud para con el Hacedor de todo y de respeto para con las normas que El sólo podía establecer, porque El sólo sabe perfectamente cómo consiguen su objetivo.

Incluso, y esto ya no es para todos, habrá jóvenes que a vista del ejemplo extraordinario de Cristo y la Sagrada Familia, al oír la invitación especial de la gracia que le ofrece una paternidad espiritual a cambio de renunciar por Dios a la paternidad natural, sabrán seguir esa vía sobrehumana que conduce al claustro o al servicio del altar. Pero no será una renuncia a algo nefando, ni a algo menos bueno; manteniendo el máximo aprecio a lo que Dios ha establecido como vía normal para poblar la tierra y el cielo, preferirá algo más perfecto, ya que El (y seguimos con el dogma como fundamento) lo ha manifestado así con su vida y enseñanza.

Y no voy a seguir. Pero comprendamos todos que el joven de hoy tiene su buena parte de razón cuando se resiste a admitir una moral que es sólo casuística, o se le presenta sólo como freno que doblega su libertad. Pero si el dogma impregna su vida, y no sólo su inteligencia, y la fe regula su diario quehacer, no necesitará más moral: ya que se sentirá arrastrado hacia la vida de amor para con el Dios personal que se le revela y comunica en todo lo que es y lo que vive; y más allá del precepto, sabrá añadir generosamente lo que la fe dicte a su corazón valiente: el sacrificio, la entrega, incluso la práctica constante de los consejos evangélicos.

Es ya viejo el dato, aunque sigue siendo desagradable, de aquella respuesta, dada por alguien que se decía católico, y que participaba como delegado en un comité internacional. Defendía con otros el control inmoral de la natalidad, y al ser advertido por algún colega de que resultaba extraño que un católico admitiese solución tan anticristiana, respondió: «Ahora no actuó como católico, sino como delegado de mi país».

Así son los que divorcian la vida y la creencia. A tales personas la moral cristiana tiene que resultarles durísima, y la generosidad como Dios tan rara como una planta exótica. Y si mantienen su profesión de católico, es fácil que lo hagan más por conveniencia social que por convicción: entre la casuística y cierta moral de bolsillo (como la moral de situación) irán viviendo, pero al margen del plan divino. Un ideal así no ayudará a ningún joven español. Y es que así no vale la pena de ser católico. Pero ni siquiera vale la pena de ser hombre de otra confesión. Sería ofender a los protestantes fervorosos ver en su «iglesia» un asilo para los



que quieren liberarse de la moral católica. Los que desligan fe y moral no encajan en ninguna confesión ni en ninguna iglesia. Llevan, simplemente, una etiqueta, la que sea.

Postura totalmente contradictoria con la del joven de verdad.

### C. CONSECUENCIAS CONCRETAS

Hablé al principio de retocar los fundamentos, la base, de la educación religiosa de nuestra juventud. He querido considerar luego la forma de transmitir la doctrina cristiana en sus principales capítulos. Ahora podría adentrarme por el tema de las consecuencias concretas.

Es interminable. Y ya no voy a cometer el error de prolongar innecesariamente las sugerencias. Por eso voy a limitarme a cuatro aplicaciones prácticas.

#### 1. *Unidad de lo natural y sobrenatural*

Que nuestro joven no haga de su vida dos compartimentos separados, uno para lo religioso, otro para lo profano. Esto pone en peligro toda su formación religiosa y toda su vida espiritual.

Y lo digo con cierto interés personal. Porque en el tema que es objeto del presente discurso he querido limitarme voluntariamente a mejoras en la educación religiosa. Por lo mismo, ahora quiero dejar constancia de que lo religioso y lo profano no deben separarse ni en la mente del educador, ni en los criterios que con nuestra ayuda se vayan forjando nuestros hijos o educandos.

Hay que considerar tan errada la imagen de un mundo puramente profano, como la de un sector de la vida exclusivamente religioso. No tenemos que educar sólo almas sino hombres enteros. No hemos de cuidar de un orden sobrenatural abstraído de su soporte natural, sino íntimamente conexo con él. Diré mejor, corrigiéndome: la naturaleza no es el simple soporte de lo sobrenatural. Hablar así da a entender que lo único que cuenta es el mundo de la gracia: el resto no pasaría de una simple peana.

Y ni es así, ni nunca lo ha enseñado así la fe católica. Mil veces han citado los teólogos la frase tomista de que «la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona». Dios ha creado al hombre entero, cuerpo y alma. Luego ha elevado al orden sobrenatural al hombre entero, enalteciendo su naturaleza sin coartarla en nada. Y si el hombre cayó, Cristo lo ha redimido, suprimiendo su pecado y divinizando otra vez al hombre entero.

Así como es, el hombre entero y concreto, es el llamado a ser

hijo de Dios y a vivir como tal y mientras no rechace esa orientación fundamental, todo lo que haga de bueno le encamina a esa filiación más plena. Nuestro joven tiene que saber, ser más consciente de que es amar a Dios, lo mismo el estudiar con interés que el rezar con fervor que el jugar con alegría. Que se acerca a una vida cada vez más llena de Dios tanto al aprender un vocabulario de inglés, cuanto al resolver problemas de trigonometría o al ayudar a un compañero. ¿No es todo ello virtud en uno u otro grado? ¿Qué derecho tenemos a llamar sólo virtud natural a lo que despliega la energía de la voluntad en pos de un objetivo terreno, pero bueno?

Esto es tanta verdad, que un autor ha podido decir con razón que incluso un profesor ateo, si educa en el respeto a la verdad o en la probidad intelectual, está realizando verdadera formación religiosa, incluso apostólica en sentido amplio, sin que a ello obste el hecho de que ni piensa en ello, y quizá excluya formalmente tal finalidad<sup>49</sup>. No hablamos ahora, claro está, de si eso le es meritorio ante Dios o no.

Esta unidad entre lo natural y lo sobrenatural va adquiriendo en el Vaticano II una amplitud extraordinaria, y el llamado esquema XIII, que se titula «Presencia de la Iglesia en el mundo», está demostrando el interés que aporta la Iglesia, por encima de su misión prevalente de salvar almas, difundiendo la vida y verdad de Cristo, al deporte, al turismo, al trabajo, al arte, a la cultura de estos hombres que constituimos la Iglesia con todo lo que somos, y no sólo con una parte de nosotros mismos.

En teología, esta manera moderna de mirar las cosas se va denominando «teología de las realidades terrestres». Seguramente, es éste uno de los temas en los que el educador debe estar hoy más impuesto. Pero para cualquier responsable de jóvenes, lo fundamental está en admitir, comprender y divulgar que lo natural y lo sobrenatural son uno como uno es el hombre: que todo puede y debe ser sobrenatural.

Seré sincero si les digo que éste es un tema que me resulta cordialísimo, porque mi vocación religiosa alcanza aquí una expansión extraordinaria. Hasta el siglo XVII las órdenes y congregaciones religiosas se dedicaban a la oración, la predicación, la enseñanza religiosa, el ministerio propiamente apostólico, o en último caso a la caridad corporal, a veces heroica, de los Hermanos Hospitalarios.

Pero una profesión predominantemente «humana», profana si se quiere, a la que se dedican todos los miembros de una Institución religiosa, y durante la mayor parte de su jornada, sólo se dio con la aparición de las Congregaciones de religiosos educadores.

Y entre las primeras, entre las más «totalitarias» (esto es, totalmente al servicio de esa idea) está la que hoy me acoge en su seno, la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

La Salle comprendió que el enseñar a leer, escribir y contar, junto con el catecismo, era extender el Reino de Dios con una eficiencia multiplicada, y por tanto, los religiosos que él fundara por inspiración de lo Alto, bien podrían consagrar a tamaño «ministerio» su estado, su empleo, su profesión, sus funciones, su vida entera. («Ministerio» es el término con que él designa, no la enseñanza de la religión, sino toda la actividad apostólica de los Hermanos)<sup>50</sup>.

En esa línea, el educador de hoy tiene que enseñar al joven a dar mayor densidad a cualquiera de sus ocupaciones, a entender el mundo, a ser cada día más dueño del mismo, a bautizarlo de continuo por el espíritu cristiano que sabrá poner en su uso.

El joven apreciará la cultura como un ennoblecimiento del alma, y por lo mismo, algo que al cultivarse nos eleva a Dios y lo introduce más en nuestra vida. Nuestro joven se apasionará por el dominio de las técnicas, no sólo para entretenerse, ni siquiera sólo para fabricarse el mañana seguro y noble, sino también porque ese dominio de las máquinas y mandos, es un complemento de la obra creadora de Dios, que mandó al hombre el «dominad la tierra y enseñoreaos de ella»<sup>51</sup>.

¿No es verdad que este último pensamiento suele estar ausente? ¿Y no es cierto que con su ausencia mil aspectos de la vida diaria de nuestra juventud parecen teñidos de algo así como un ateísmo práctico? Pues resulta que para adquirir esta postura apenas tiene nada que modificar en su vida, sino sólo comprender que lo natural y lo sobrenatural son una misma cosa como el hombre es uno. En el plano de esa realidad concreta distinguir lo natural de lo sobrenatural carece de sentido<sup>52</sup>.

No es por fácil optimismo, pero una de las aplicaciones liberadoras de esta doctrina está en las diversiones. Como en ellas encuentra satisfacción la naturaleza, el joven no piensa que puedan ser sobrenaturalizadas. Y es que alguien les ha ido diciendo que sólo es virtud lo que cuesta, por aquello de que virtud viene de *vir*, varón, virilidad.

Es cierto que, de hecho, más virtud suele haber en las cosas que cuestan a la naturaleza; pero no vale deducir de esa contingencia que lo que resulte agradable al hombre no pueda ser agradable a Dios, esto es, virtuoso, o lo que es igual, meritorio. Y es que si no somos antropocéntricos en teología hemos de saber poner en Dios la causa del mérito, no en nosotros. Y la colaboración que Dios nos pide para que sus dones se transformen en méritos nues-

tros<sup>53</sup>, es el amor. Lo que se hace por amor, agrada a Dios, es virtud, es mérito.

Y si por amor se suele combatir la gula, la soberbia y la des-templanza, por amor de Dios, para agradarle, se puede leer una novela, ver una película, dar una excursión y zambullirse en una piscina. Todo ello puede ser necesario para reponer fuerzas, o sencillamente útil para solaz de la persona. ¿No es de Dios el placer que el hombre siente en el comer y en el dormir? ¿Es acaso invento de hombres la satisfacción que produce contemplar un panorama? Y para más tarde —porque nuestro joven va a ser pronto galán, novio y esposo— ¿no es de Dios el placer que acompaña a esa noble decisión por la que los esposos adoptan la responsabilidad de la paternidad?

He querido limitarme a cuatro aplicaciones prácticas sólo para no ser prolijo, pero no quiero detenerme tanto en cada una de ellas que incida, por otro lado, en el defecto que quise eludir. Sobre esta primera aplicación creo haber dicho ya demasiado.

## 2. Educación social

Lo social es seguramente un signo de los tiempos. Y signo positivo, evangélico diría, sin miedo a ser tachado de demagogo ni a errar. Es tan evidente que no paso a demostrarlo.

Pero hay algo que subrayar al respecto. Y es el hecho de que la Iglesia haya tomado cartas en este asunto de una forma que no estaba en su tradición. Es normal, hasta cierto punto. La misión estricta de la Iglesia consiste en predicar la Verdad revelada, y en comunicar a las almas que la reciban la vitalidad plena de la gracia de Cristo. Lo material, el bienestar, son el fin de la sociedad civil.

De hecho, Juan XXIII ha creído oportuno el justificar ante el mundo el por qué la Iglesia escribía la *Mater et Magistra* (y escribiría luego la *Pacem in terris*): «La Iglesia, aunque tiene como principal misión el santificar las almas y hacerlas partícipes de los bienes del orden sobrenatural, sin embargo, se preocupa con solícitud de las exigencias del vivir diario de los hombres... La Santa Iglesia, realizando esto, pone por obra el mandato de su Fundador Cristo, que se refiere sobre todo a la salvación de los hombres cuando dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida..., y que en otro lugar, al mirar la multitud hambrienta compadecido prorrumpe en las palabras: Me da compasión esta muchedumbre»<sup>54</sup>.

Hay, pues, exigencias de justicia y caridad que no permiten

callar a la Iglesia de Aquel que se apiadaba de las turbas porque no tenía qué comer.

Educación social es más que hablar y sentir de acuerdo con la justicia social, pero no hay duda de que ello es la principal de sus componentes. Y, como dije al principio, el sentido social no es todavía lo que caracteriza a la juventud española.

Hace sólo unos meses se quejaba amargamente el nuevo Cardenal Herrera Oria de que la sociedad española no haya sabido reaccionar en el sentido de la justicia social, después de tanta doctrina, e incluso después de tan duras experiencias en cabeza ajena y propia.

Y para mí la mejor comprobación de ello es el egoísmo de que se acusa a muchos jóvenes de nuestra clase adinerada que hoy llenan los colegios de religiosos. Afortunadamente, hay excepciones. Pero da pena tener que llamar «excepción» a lo que debería ser regla, y, al contrario, comprobar que es normal lo que nunca debería tolerarse en un joven cristiano.

En este terreno no se ve hoy que nuestros jóvenes vayan a ponerse pronto a nivel mundial, o mejor, a la hora que marcó siempre el Evangelio, pero que hoy campaneá con mayor energía.

Afortunadamente, en este campo, que es de estricta educación religiosa, no necesito extenderme, pues ya lo hice al colaborar en la preparación de la *Guía de Formación Social*, aparecida hace un año <sup>55</sup>. En ella resumíamos nuestra realidad social, integrada por valores muy positivos sin duda, pero afeada por otros defectos de carácter precisamente social, que ya a nivel escolar tiene manifestaciones lamentables. Un estudio diferencial en cuanto a edades, e incluso por sexos, añadía normas concretas para desarrollar determinadas actitudes cristianas. Invitábamos luego a todos los agentes educativos a unirse en favor de un proceso cristiano de socialización.

No pienso, pues, en este momento, desarrollar un tema, que me resulta muy querido, pero que ha logrado encontrar amplia difusión en otras páginas.

### 3. *Espíritu de libertad religiosa*

Tercera aplicación concreta, en la que me aventuro con tiento. Me gustaría reducirla también a cuatro apartados como en el párrafo anterior. Y para ello me bastaría apoyarme en las treinta páginas que sobre este tema he hecho imprimir este mismo año <sup>56</sup>. Pero la delicadeza del asunto no me permite ni eludirlo, ni resumirlo tan brevemente.

Si les voy a ser sincero, les diré que estimo que en este terreno nuestros jóvenes nos adelantan ya. Nuestra formación heredada es más bien de intolerancia religiosa. Hemos respetado a las personas como el que más (dejemos ya tanto drama sobre las hogueras de la Inquisición), pero hemos aprendido a combatir el error con todas las armas a mano.

Hoy soplan otros vientos. El Concilio va a declarar en breve la libertad de todo hombre a seguir el dictamen de su conciencia, y que tiene real derecho a que se le respete esa libertad. Para el español de edad madura esto exigiría una readaptación en muchos casos. No digo que sea dolorosa ni difícil, pero sí que es una verdadera readaptación de criterios. Nuestros obispos, en general, piden que «preparemos al pueblo para el choque». Hablan sobre los ya maduros.

Para los jóvenes será al revés. Su disposición a lo nuevo es mayor; su oposición a lo «de antes» es apriorista; todo lo que suena aun lejanamente a libertad ya los tiene conquistados.

Y si es así, ya es inútil recalcar que la educación en este sentido sea tan necesaria como urgente. Pero no en la forma de lo dicho en párrafos anteriores. Ya sea por esa predisposición anotada, ya porque nosotros vibramos con mayor lentitud ante el tema, lo posible aquí —lo peligrosamente posible— está en que entiendan mal el problema y lo resuelvan peor. La libertad religiosa mal entendida, el ecumenismo mal entendido, la buena fe mal considerada, pueden llevar con demasiada facilidad al indiferentismo religioso, al relativismo dogmático; decae el aprecio por el don de la fe, se esfuma el verdadero entusiasmo misionero, se ponen en entredicho las verdades católicas...

«Está bien que se quiera reconocer todo el bien que aún se encuentra en el patrimonio de las Iglesias y confesiones cristianas separadas de nuestra Iglesia. Está bien que se quiera presentar la doctrina católica en sus aspectos auténticos y esenciales, prescindiendo de los aspectos discutibles y no esenciales... Esto es paciencia fraterna, buena apología, caridad al servicio de la verdad. Pero pretender suprimir la dificultad doctrinal, tratando de desautorizar o menospreciar u ocultar ciertas afirmaciones que el Magisterio de la Iglesia declara asentadas y definitivas, no es buen servicio. No es buen servicio a la causa de la unión porque crea la desconfianza, la duda..., el temor»<sup>57</sup>.

El tema es urgente, uno de los más urgentes. Me lo decía hace unos meses un profesor de Comillas al enviarme una separata de su artículo titulado: «Orientación catequística sobre la posible libertad de conciencia en España»<sup>58</sup>, al añadirme: «con la espe-

ranza de prestar una buena ayuda en un tema catequístico que la hora actual hace ineludiblemente urgente». Y le sobra razón.

Los puntos doctrinales que, a mi parecer, plantean con precisión y acierto el problema, y permiten desembocar en la solución justa se podrían resumir así:

Dios es el autor de la naturaleza humana, en la que ha puesto la aspiración a la verdad y la inclinación a la religión. Dios ha elevado al hombre al orden sobrenatural. Dios ha revelado luego una religión sobrenatural.

El pecado original, que un día ese mismo Dios permitió, hace difícil, muy difícil en algunos casos, el conocimiento de la verdadera religión revelada. El hecho histórico de que a veinte siglos de la Encarnación haya tantos hombres que ignoran incluso la existencia de Cristo, parece concluyente. Por eso, la buena fe de muchos hombres que ignoran la revelación íntegra de Dios, es perfectamente admisible.

Por otra parte, Dios quiere que el hombre le tribute el homenaje de su fe por medio de un acto enteramente libre de la voluntad. Dios no coacciona. Por eso dice la *Pacem in terris*, que uno de los derechos fundamentales del hombre, el tercero en orden, es «el de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia, y profesar la religión privada y públicamente»<sup>59</sup>.

Esto es fundamental. Pero a la vez habría que hacer ver a nuestros educandos que la verdad y el error no tienen los mismos derechos; que la obligación de buscar la verdad pesa también sobre la conciencia del hombre: sólo quien pueda darse el testimonio de buscarla siempre, puede afirmar con seguridad que está de buena fe en el error, si se diera el caso de que yerre.

De aquí derivan las diversas soluciones prácticas según las sociedades, que son entonces fáciles de admitirse y sin errores. Comprender que hay quien se equivoca, y concederle el derecho a equivocarse, nunca significará equiparar error y verdad; ni debe ceder en menos aprecio al don extraordinario de la fe; al revés, la carencia de verdad y de fe en otros, quizá animados de buena voluntad, hará que sea mucho más estimada.

Con este asunto va conexo el de la confesionalidad del Estado. Para muchos es ya postura arcaica la del Estado que se proclama católico, y como así lo es constitucionalmente el actual Estado español<sup>60</sup>, ya se ve que, por reacción, esta situación podría traer malas consecuencias. Sondeos realizados entre universitarios de ambos sexos dieron cifras muy altas en contra de esa confesionalidad de hoy<sup>61</sup>.

También aquí hemos de ser valientes, claros y cuidadosos: no es un tema que se resuelve alegremente. La finalidad propia del

Estado se resume en promover el bien común<sup>62</sup>. De por sí, ésta es una finalidad terrena solamente. Pero ya dije antes que separar en el hombre lo natural y lo sobrenatural es ilógico. Y sucede que nadie puede negar que el bien religioso, la creencia religiosa de un pueblo puede formar parte de su patrimonio, y en tal caso integrar el bien común concreto de ese pueblo.

La situación actual del mundo, universalmente pluralista, sobre todo en los países más industrializados, complica el problema. Pero una cosa son los principios y otra las aplicaciones concretas. El Estado católico sigue siendo en sí, en principio, el ideal. El Estado confesional es, de hecho, normal, cuando hay unanimidad de creencia en la sociedad que ese Estado encabeza. El bien común en el Estado pluralista desaconsejará cualquier confesionalidad. El bien común internacional puede desaconsejar la confesionalidad de un Estado unánime, sin que ello perjudique a éste sensiblemente.

He ahí afirmaciones claras, aunque contingentes, pero deducidas de las premisas anteriores, absolutas. Y esto es lo que debe quedar claro, hasta en el modo de expresarnos. El joven tiende a absolutizarlo todo, sobre todo ondeando lo nuevo y maldiciendo lo «de antes». Mientras que es elemental en su formación humana y en mill aplicaciones como éstas el que sepa distinguir la doctrina y sus aplicaciones contingentes.

Sabrán entonces admitir sin dificultad que un acatólico en España puede ser objeto de protección legal para la profesión, incluso pública, de su religión; pero al mismo tiempo, comprenderá que ese acatólico está en el error, que sólo tiene verdaderos derechos si lo está de buena fe, que nadie le autoriza a contrarrestar el bien común español: en resumen, que es un hermano, cuya vida discurre lamentablemente bastante al margen de la familia, aunque sin mala voluntad.

¿Y las misiones? Reconozco que todo lo dicho parece moverse en un nivel pacífico de respeto mutuo que, llevado a escala mundial, viene a suprimir las misiones o poco menos<sup>63</sup>.

La objeción no vale, pero puede parecer válida si no corregimos el mismo concepto que de las misiones suelen tener nuestros hijos o discípulos. Quizá hemos sintetizado el espíritu misionero en un tratar de conseguir prosélitos para nuestro equipo o club, esto es: competir con el protestante y ganarle, comparar nuestra extensión y sentir que los católicos somos más, comparar nuestros números y tratar de mantener o aumentar la ventaja... La Iglesia así es un club, frente a otros clubs, y el misionero simplemente un entusiasta reclutador en pro de la idea.

Y la misión nunca ha sido eso, nunca ha debido serlo; el joven no debe apreciar al misionero como conquistador de prosélitos;



la misión es sólo caridad. Se ama a Dios, y por eso, se desea extender su reino y darlo a conocer a más y más almas. Se ama al descarriado, y sólo anhela uno poder repartir a nuestros hermanos menos favorecidos esas riquezas superiores de gracia y de verdad, y ese camino normal para salvarse, de que nosotros inmerecidamente disfrutamos.

Luego quedará el campo nuevo del ecumenismo, relacionado con lo que acabo de exponer, pero diferente de él. Se precisará toda una educación, larga y cuidadosa, para que nuestra juventud encaje en la rueda ecumenista con el verdadero espíritu que se precisa, y que no es fácil de poseer con pleno dominio.

Habrá que instruir sobre lo que acerca entre sí a las diversas iglesias; sobre los puntos que el protestante admite, aunque sin coincidir enteramente con la verdad; sobre la Historia, cuyas intervenciones o trasposiciones abren a veces surcos demasiado anchos entre las diversas confesiones. Seguramente, que hoy debemos achacar a la exposición escolar de la Historia, más que a otros factores, la desconfianza mutua entre las diversas iglesias que confiesan a Cristo por Dios y Salvador.

Afortunadamente, para lo constructivo en este sentido, no hay demasiada urgencia entre nosotros, y las directrices conciliares y los libros recientes irán permitiendo una segura delimitación de la mentalidad ecumenista en España.

#### 4. *Apostolado*

Y termino con esta sugerencia final. En ella converge casi todo lo dicho hasta el presente: sería como el epílogo normal de la educación religiosa acertadamente dirigida, y ordenada a mejorar al joven español: el apostolado, la acción apostólica.

Dije al hablar de las líneas básicas de la revisión, que era importantísimo crear la mentalidad de conquista por encima de la de conservación: ahí encaja de lleno el apostolado.

He hablado luego de revisar el modo de exponer la doctrina cristiana: todo se resumía en hacer más vital el dogma, la liturgia, la moral. Nuevamente he ahí la línea que lleva indefectiblemente a la exigencia de apostolado: sólo el apóstol vive densamente su fe.

Estoy tratando ahora de algunas consecuencias prácticas entre las muchas que podrían ofrecerse. Y otra vez he tenido que incidir en el problema misionero, que es problema de apostolado.

La formación acertada, pues, en el campo del apostolado, resumiría quizá lo más importante de esos retoques a que he ido

aludiendo a lo largo de estas páginas. Si esa formación es exacta, o mejor, para que lo sea, todo el resto de la educación religiosa irá orientándose con precisión hacia su verdadero norte, en caso de que no lo estuviera del todo.

Voy a dejar de lado la consagración plenísima al servicio del Reino de Dios que compete al religioso, contemplativo o activo, o bien al sacerdote. Esto es ya fruto de especial llamada de Dios, y lo único que debemos hacer es favorecer el que nuestro joven sepa oír y pueda seguir esa vocación. Se adentrará así por una vida que vale la pena de vivirse: seguramente (y sin quitar nada a nadie) lo que más puede llenar a un alma grande, el vivir aquí abajo sólo preocupado por la gloria de Dios.

Pero hablo de todo joven, no del llamado a la vida consagrada. Debemos impulsarle al apostolado. Pero, por favor, no sólo a la actividad, sin más: eso no es apostolado, durará poco, y producirá poco fruto en los demás y en sí mismo. Visitar enfermos, catequizar a chiquillos de suburbios, acudir a reuniones de la Legión de María, puede ser esnobismo y nada más, algo que sale de lo corriente. Apostolado es todo eso, pero más que eso; es la vida entera ordenada hacia la ilusión de «llevar almas de joven a Cristo, de inyectar en los pechos la fe».

Entonces sí, la fe consciente pide ese apostolado, pero el apostolado estimula la misma fe. El apostolado exige sacrificio y oración. Por lo mismo, no hay mejor defensa de la pureza que el ansia apostólica, porque el joven sabe que necesita de Cristo para ser apóstol, y un alma viciosa no se acomoda con el ideal de apóstol.

El apostolado llena la vida del joven. Supone desprendimiento al preocuparse por otro: por Cristo y por las almas. Ese holocausto del egoísmo, es incluso, cierta maduración psicológica: el joven se crece al superar el período del amor egocéntrico y comenzar a vivir en el nivel del amor oblato.

El apostolado, además, curte al joven, porque acaba con su pereza, su indolencia quizá natural, quizá fruto de una timidez no superada de la adolescencia, le arranca a esa vida muelle amenazada de vacuidad.

En fin, el apostolado desarrolla el sentimiento delicado de la gratitud para con Dios que le dio la fe al joven. Ya que el apostolado no es otra cosa que el intento de compartir con otros la verdad, hacérsela poseer con más luminosidad, convertirla en palanca de sus vidas.

Y aquí terminan estas líneas consagradas con ilusión a la juventud que nos rodea y crece en nuestros hogares y en nuestras aulas. Pero no van directamente a esos jóvenes, sino a nosotros, los responsables de su futuro a través de la formación de hoy.

Por momentos mis párrafos habrán parecido contradecir aquel punto que arriba he desarrollado, según el cual mejor es la acogida y la admiración que no la crítica. Lo he tenido bien en cuenta. Pero hablando a responsables, y, además, limitándome a los aspectos que deberían experimentar mejoras, es normal que se indiquen deficiencias y peligros. Pero eso sí, en cada momento he indicado la solución, y esto es lo más constructivo de mi intento: ir más allá del diagnóstico, con el fin de conseguir mejorías sensibles.

Una juventud emprendedora, apostólica, luchadora por la causa de Cristo; ése es el sueño de la Iglesia, cuando piensa en nuestra juventud, la que despertó al eco de la palabra ruda de Santiago, y al brillo de la fúlgida espada del Apóstol por autonomasia, y que un día ya lejano, consiguió que la misma Virgen compartiese sus afanes apostólicos haciéndola acudir a Guadalupe, a Coromoto y a Luján.

El futuro es espléndido, aunque lo despojemos de toda literatura. El momento que vivimos, preñado de urgencias. La capacidad de nuestros jóvenes, sin orillas. Dios y la Iglesia, la Patria y esa misma juventud sólo esperan una cosa: que los responsables hoy de su educación sepamos aportar con tanto tino como energía unos importantes retoques a su formación religiosa tradicional. Lo demás, lo hará su generosidad y la gracia de Dios.

## N O T A S

<sup>1</sup> GALLEGO, S.: *La Constitución conciliar sobre la Liturgia*. «Sinite», 1964, pp. 161-189. Id.: *Nuestra catequesis y el tema de la libertad religiosa*. «Sinite», 1965, pp. 3-30.

<sup>2</sup> Estudiado este esquema con quizá demasiada brevedad en la tercera sesión, ha sido refundido ampliamente gracias a la intervención de los Institutos laicales de educación. No ha podido recibir modificaciones profundas por haber sido aprobado en primera lectura, pero a pesar de ello cabe esperar que el texto que acaba de promulgar hace unos días esta cuarta sesión dé satisfacción.

<sup>3</sup> Quizá sea suficiente para probarlo aducir los datos de la última estadística: 1.557 comunidades repartidas en 82 naciones, donde se da instrucción y educación a 717.111 alumnos de diversos grados.

<sup>4</sup> MAYER-PFANNHOLZ, A.: *Evolución de la historia de la Iglesia en la historia de la cultura occidental*, en BOGLER, T.: *La Iglesia y el mundo de hoy*. Guadarrama, 1963, pp. 91-116.

<sup>5</sup> Pío XII: Enc. «*Mystici Corporis*». Constitución *Lumen gentium*, del Vaticano II, núm. 7.

<sup>6</sup> Baste recordar las muchas intervenciones de los Padres conciliares sobre la pobreza de la Iglesia, de los clérigos y de los religiosos.

<sup>7</sup> Juan XXIII se resistió a incluir ningún libro en el índice de los prohibidos, y el Concilio, al declararse pastoral, rehuye toda condenación o anatema de errores.

<sup>8</sup> *Is.*, II, 2-3.

<sup>9</sup> Es el contenido del llamado «Esquema XIII», titulado por el momento «Presencia de la Iglesia en el mundo». También alude a esta doctrina la Constitución *Lumen gentium* en su número 36. En doctrina conciliar estos temas son realmente nuevos.

<sup>10</sup> *Mat.*, XII, 30.

<sup>11</sup> CENCILLO, L.: *Crisis postescolar*. «Arbor», 1957 (II), pp. 333-348.

<sup>12</sup> *Mat.*, XIII, 30.

<sup>13</sup> Según la obra ya clásica de GUITTARD, L.: *Evolución religiosa de los adolescentes*. Herder, 1960.

<sup>14</sup> GALLEGO, S.: *Peligrosa yuxtaposición de la enseñanza religiosa en la obra educadora*. «Sinite», 1960, pp. 257-276. FAURE, P.: *Au siècle de l'enfant*. Mame, 1958, pp. 167, 169, 219 y 220.

<sup>15</sup> Convendrá leer la carta pastoral del Card. BUENO MONREAL, muy optimista al respecto, con fecha junio de 1965 (véase un fragmento en «*Eclesia*», 1965 (I), pp. 891-894).

<sup>16</sup> Véanse, por ejemplo, las observaciones de un extranjero, BEINHAUER, W.: *En torno a la sobriedad española*. «Arbor», 1957 (I), pp. 141-168.

<sup>17</sup> Dan razón de esta afirmación los numerosos estudios que cada día aparecen y que han de renovar benéficamente toda la teología. Ya son conocidos incluso del público culto sus corifeos más notables.

<sup>18</sup> Cfr. WÄLKENS: *Apostolat et enseignement des branches profanes, en Consécration à Dieu et tâches éducatives*, U. R. E. B., 1963, pp. 100-101.

<sup>19</sup> Cfr. LAMBERT: *Unité de la vie religieuse enseignante*. *Ibid.*, pp. 69-70.

<sup>20</sup> *Col.*, I, 15.

<sup>21</sup> *Mat.*, XXIII, 24.

<sup>22</sup> *Mat.*, XI, 30.

<sup>23</sup> No puedo dejar de citar, por lo mucho que me ha hecho reflexionar, el caso del sacerdote guerrillero Santa Cruz, BERNVILLE, G.: *La Croix de sang.* B. Grasset, París, 1928.

<sup>24</sup> CASTRO, E.: *Hombres made in Moscú.* Luis de Caralt, Barcelona, 1963, pp. 269-274.

<sup>25</sup> BENZO, M.: *Una encuesta sobre la actitud religiosa de los universitarios.* «Ecclesia», 1964 (I), p. 249.

<sup>26</sup> Cfr. DÉCONCHY: *Bases psychologiques pour une éducation à l'apostolat chez l'adolescente.* U. R. E. B., o. c., pp. 86-87.

<sup>27</sup> Encuesta citada en la nota 25. El 18,2 por 100 de los varones dicen que no creen en la divinidad de Jesús, y el 22,6 por 100, lo dudan.

<sup>28</sup> Cfr. RAHNER, K.: *Escritos de Teología.* IV, Taurus, Madrid, 1961, pp. 105-136.

<sup>29</sup> Id.: *Ibid.*, p. 107.

<sup>30</sup> *I Cor.*, XII, 4-6; *Gál.*, IV, 4-6; *I Jn.*, I, 2-3; *Rom.*, VIII, 3-17; *II Cor.*, XIII, 13; *II Pd.*, I, 20-21, etc.

<sup>31</sup> Cfr., por ejemplo, lo que dice ALONSO, J. M., en su estudio *Gracia de María, naturaleza y fundamentos*, en «Estudios Marianos», 1946, pp. 35-47.

<sup>32</sup> ARINTEIRO, J. G.: *Evolución mística.* BAC, pp. 131-132.

<sup>33</sup> MÜLLER, A.: *La Mariología actual*, pp. 377-397, en *Panorama de la Teología actual.* Guadarrama, Madrid, 1961.

<sup>34</sup> Afirmación de H. M. KÖSTER, en *Unus Mediator.* Limburg, 1950, pp. 32-33.

<sup>35</sup> Puede leerse el prólogo de la obra, CAROL: *Mariología*, BAC, 1965, escrito por el notable mariólogo N. GARCÍA GARCÉS.

<sup>36</sup> GAECHTER, P.: *María en el Evangelio.* Desclée de Brouwer, 1959, páginas 143-153.

<sup>37</sup> GUARDINI, R.: *La Mère du Seigneur.* Cerf., París, 1961, pp. 34-38.

<sup>38</sup> J. M. VALVERDE, el 4 de diciembre de 1960. Véase la respuesta del P. N. GARCÍA GARCÉS, en «Ephemerides Mariologicae», 1961, pp. 345-350.

<sup>39</sup> GALLEGO, S.: *Presentación catequística de María.* «Sinite», 1962, páginas 283-303.

<sup>40</sup> *Constitución conciliar sobre la Sagrada Liturgia*, núm. 125.

<sup>41</sup> *Id.*, núm. 13.

<sup>42</sup> LASIERRA, L.: *María entre Oriente y Occidente.* «Unitas», 1963, II, pp. 8-22; VASCONCELOS, R.: *María y el misterio de la unidad.* *Ibid.*, pp. 33-37.

<sup>43</sup> No creo parezca fuera de lugar subrayar la labor eficientísima que en este campo están realizando los profesores del Instituto Pontificio «San Pío X», de Salamanca, con sus colaboradores.

<sup>44</sup> Repetido hasta seis veces en la Constitución conciliar sobre la Sagrada Liturgia, en los nn. 11, 14, 21, 48, 50 y 79.

<sup>45</sup> Cfr. GALLEGO, S.: *La Constitución conciliar sobre la Liturgia.* «Sinite», 1964, pp. 164-183.

<sup>46</sup> VAGAGGINI, C.: *El sentido teológico de la Liturgia.* BAC, pp. 415-464.

<sup>47</sup> GALLEGO, S.: pp. 177.

<sup>48</sup> MERTON, Th.: *La nuit privée d'étoiles.* Pp. 19, 20 y 47.

<sup>49</sup> WÄELKENS: *L. c.*, p. 104 en nota.

<sup>50</sup> GALLEGO, S.: *La Teología de la Educación en San Juan Bautista de la Salle.* Madrid, «Sinite», pp. 162-167; el término aparece cincuenta y una veces en solos los dos libros de Meditaciones.

<sup>51</sup> Id.: *El trabajo, su concepto y valoración cristianas.* «Sinite», 1962, pp. 23-28. Sería el momento de aludir a una de las ideas más dominantes en la obra del P. Teilhard de Chardin.

<sup>52</sup> No puedo prever quiénes hayan de ser mis lectores. Podría alguno de ellos quedar mal impresionado por mis afirmaciones y calificarme de pelagiano. Conste que admito perfectamente la diferencia ontológica de lo natural y lo sobrenatural; hecha esta anotación, creo que bastará con que se me lea despacio.

<sup>53</sup> DENZINGER: *Enchiridium Symbolorum*, núm. 182, 184 y 185.

<sup>54</sup> JUAN XXIII: Enc. «*Mater et Magistra*». Ed. BAC, nn. 3. y 4.

<sup>55</sup> *Guía de Formación Social*. Epesa, Madrid, 1964, 153 pp.

<sup>56</sup> *Nuestra catequesis y el tema de la libertad religiosa*. «Sínite», 1965, pp. 3-30.

<sup>57</sup> PABLO VI: Alocución del 20 de enero de 1965 (en «*Ecclesia*», 1965, I, p. 133); Cfr. también la alocución del 31 de marzo último («*Ecclesia*», ibid., pp. 525-526).

<sup>58</sup> P. J. CARRASCAL, S. J.: Artículo aparecido en «*Catequética*», 1964, pp. 181-200.

<sup>59</sup> JUAN XXIII: Enc. «*Pacem in Terris*». Ed. BAC, núm. 14.

<sup>60</sup> *Leyes Fundamentales de España*: Fuero de los Españoles, art. 6; Ley de Principios Fundamentales, art. 4; Concordato entre la Santa Sede y España, art. 1, y Protocolo final.

<sup>61</sup> El 72 por 100 de los universitarios españoles varones y el 57 por 100 de las mujeres prefieren que el Estado español sea neutral y no católico. Sólo el 12 por 100, sumando ambos sexos, carecen de opinión. Según el sondeo aparecido en «*Ecclesia*», 1964 (I), p. 249.

<sup>62</sup> Y no comparto la idea de los que ahora van haciendo del bien común el fin de la sociedad, pero no del Estado, a quien sólo atribuyen como objetivo el orden público.

<sup>63</sup> Cfr. en «*Cristo al Mundo*», 1965, pp. 167-175: *A propósito de la evangelización y de la salvación de los no-cristianos*. Algunos comunicados inquietantes. Comentarios del P. Daniélou.

CONTESTACION

del

Ilmo. Sr. Doctor D. Juan Manuel López de Azcona





EXCMO. SR., M. I. CUERPO DOCTORAL, SEÑORAS, SEÑORES:

Los que hemos pasado por las aulas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, al observar detenidamente la vida de muchos de sus maestros, apreciamos la característica específica asimilada de las directrices de su fundador San Juan Bautista de La Salle, con la idea fija de educar y formar cristianamente a la juventud. Este ideal lo sigue el Doctor en Sagrada Teología al que la Academia de Doctores de Madrid, abre hoy solemnemente las puertas, el Rvdo. Hno. Saturnino Gallego Yriarte, F. S. C., nacido en Lezama (Alava) el 29 de noviembre de 1927.

Por la Universidad de Valladolid, fundada en 1346, de vasta tradición científica, obtiene el Título de Bachiller. Pasa de la cuna de Felipe II a la capital, donde el Emperador contrae el tercer matrimonio, y alcanza el Título de Maestro por la Normal de Guadalupe. En la Universidad Gregoriana de la capital del antiguo Imperio Romano logra el Título de Bachiller en Filosofía, y, posteriormente, el de Licenciado en Sagrada Teología. En la Universidad Pontificia, de nuestra ciudad sabia por excelencia desde el siglo XIII, colaciona el grado de Doctor en Teología, donde ha formado y continúa formando una pléyade de Licenciados y Doctores, dispuestos a esparcir sus enseñanzas por España, Portugal e Iberoamérica.

La vocación por la docencia, queda demostrada con los dos años profesados en la Normal de Irún, otro bienio en el Colegio La Salle de Zaragoza y un decenio en el Instituto Pontificio San Pío X, de Salamanca, del que ocupa la presidencia desde 1963, simultáneamente con el cargo de Vice-Provincial del Distrito Central de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en España.

Autor de buen número de trabajos editados sobre teología y educación y de varios libros entre los que destacamos los títulos siguientes: *Cara al cine*, *Gracia oración y sacramentos*, y *Teología de la educación en San Juan Bautista de La Salle*.

Poco os podemos decir sobre el tema MEJORAS OBLIGADAS EN LA EDUCACIÓN RELIGIOSA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA, prácticamente

agotados en el discurso de nuestro recipiendario; únicamente nos fijaremos en quienes, hasta la fecha, se han ocupado principalmente de esta educación en España.

Las actividades docentes de la Compañía de Jesús se inician en el siglo XVI, y se incrementan en 1640 por la creación en Guisona de las primeras Escuelas Pías, según las directrices de la Orden fundada por San José de Calasanz, en Roma. Nueva savia reciben los centros de enseñanza, con las ideas docentes modernas del siglo XIX, en los abiertos por los Hermanos de las Escuelas Cristianas (1878), Marianistas, Maristas y Claretianos. La semilla cada vez es más fructífera y aparecen nuevas familias en el siglo XX, cada una con particularidades propias actualizantes; Salesianos, Corazonistas, Gabrielistas, de la Instrucción Cristiana, de San Viator y de la Sagrada Familia.

Hemos de reconocer que los centros de formación de la Iglesia fueron recibidos con agrado, incluso por las familias no practicantes, apreciando en comentarios como el que se lee en el Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (16-12-1905) donde se recoge la quejosa intervención del Conde de Romanones: «mientras las aulas oficiales están desiertas, los colegios particulares ven aumentar sus alumnos en proporción extraordinaria, hasta el punto de que en una capital de provincia de las más importantes, el liceo cuenta con 1.000 alumnos, mientras que los colegios privados tienen 2.000»; «de estos establecimientos el 80 por 100 dependen de las órdenes religiosas».

Durante la primera y segunda enseñanza, se ha de dar al alumno una formación y una orientación religiosa y, por consiguiente, humana, que lo sitúe mañana como ciudadano modelo, lograda únicamente con sistemas pedagógicos seleccionados, acompañados a la dedicación máxima del profesorado y del alumno.

A muchos sorprenderá la variedad de los 18.200 centros y el elevado número de religiosos de ambos sexos, dedicados en España durante el curso 1962-63, a las enseñanzas primaria, secundaria, laboral y superior a más de un millón de ciudadanos.

La estadística de la labor realizada durante el curso 1964-65, en el campo de la formación profesional, en bien de la juventud que mañana ha de constituir los productores en que se basen la economía e industrias nacionales son alentadoras: 417 centros y 60.000 alumnos. Refiriéndonos sólo al bachillerato laboral en los centros de la Iglesia, se mencionan 136, distribuidos en 33 provincias y en el mismo número de diócesis. Los centros de formación profesional industrial de la Iglesia son 72 masculinos y 7 femeninos, en 28 provincias y 30 diócesis, con religiosas que manejan con destreza igual un torno o una fresadora, como las Cru-

zadas de la Iglesia, Apostolado del Sagrado Corazón y Amor Misericordioso.

Elevado número de centros, también de la Iglesia, están excluidos de la estadística mencionada, por no figurar encuadrados en su Secretariado Nacional de Formación Profesional, como ocurre con las múltiples «Escuelas Taller de Nazareth», fundadas y sostenidas por las Hermandades de Ingenieros y Arquitectos, cuyo fin es que cada alumno constituya un hogar a semejanza de la Sagrada Familia.

Complemento de estos establecimientos son las casas y centros de formación de sus cuadros de profesores, algunos tan importantes como el Instituto Pontificio San Pío X, Facultad de la Universidad Pontificia de Salamanca, en las que se modelan los maestros que han de inculcar a nuestra juventud un espíritu emprendedor, apostólico y luchador por la causa de Cristo, con que sueña nuestro recipiendario, a quien en nombre de la Academia de Doctores de Madrid, le doy la más cordial bienvenida.

The first part of the paper discusses the importance of the  
 research and the objectives of the study. It is followed by a  
 literature review which covers the theoretical background and  
 the empirical studies related to the topic. The methodology  
 section describes the research design, the data collection  
 methods, and the statistical techniques used for data analysis.  
 The results section presents the findings of the study, and  
 the discussion section interprets these findings in the context  
 of the existing literature. Finally, the conclusion summarizes  
 the main points of the study and suggests directions for  
 future research.